



Mónica

sin

frenos

TRISH COSMETICS #2

ELSA TABLAC

Contenido

[Créditos](#)

[Mónica sin frenos](#)

[Nota sobre Trish Cosmetics](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[NOTA](#)

[Sobre la autora](#)

[Newsletter](#)

[Otros títulos](#)

MÓNICA SIN FRENOS

Trish Cosmetics vol. 2

Primera edición: Mayo 2020

Copyright © Elsa Tablac, 2020

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

Mónica sin frenos

Trish Cosmetics #2

Elsa Tablac

Nota de la autora:

MÓNICA SIN FRENOS es la segunda parte de la serie de novelas breves TRISH COSMETICS, cuya primera entrega es NATALIA SOBRE RUEDAS. Sin embargo, puedes leerlas de manera independiente y en el orden que desees. Al final de esta novela podrás saber quién es la chica protagonista de la tercera historia.

¡Espero que las disfrutes!

XX,
Elsa

CAPÍTULO 1

La doctora Mónica Arqueros entreabrió los ojos aquella mañana y lo primero que pensó fue que había demasiadas respiraciones en esa habitación. Sintió la punzada resacosa entre las cejas y notó un excesivo calor humano a izquierda y derecha. Tardó varios segundos en darse cuenta de que esa no era su cama. Esto no era ninguna novedad. Lo de tardar en ubicarse, quiero decir. Solía tener algunos problemas para situarse al abrir los ojos todas las mañanas, debido a su sueño profundo.

Pero allí no había ningún equívoco. Esa mañana se despertó acompañada de dos hombres. Otra vez. A su derecha dormía Raúl. A su izquierda, Martín. Era la tercera vez, el tercer viernes consecutivo, que aquello sucedía y un torbellino de pensamientos la azotaba en los días posteriores.

Aquel sábado se habían despertado en casa de Martín. Era un apartamento enorme situado en el centro de la ciudad, en pleno Eixample barcelonés, no demasiado lejos de donde Mónica vivía. Sin embargo, y a pesar de que su piso no estaba nada mal, el de Martín era mucho más impresionante y, desde luego, demasiado grande para una sola persona. De las conversaciones veladas que mantuvieron aquellos días, dedujo que se trataba de una herencia familiar, gracias a un comentario fugaz de él, que venía a decir algo así como que con su sueldo de bombero nunca hubiera podido acceder a aquel impresionante apartamento con toques modernistas.

Mónica volvió a cerrar los ojos y percibió claramente los ronquidos de ambos. Hundió el rostro en la almohada y trató de relajarse. Tal vez no era tan mala idea dormir un rato más y, con toda probabilidad, disfrutar de una buena sesión de sexo cuando los chicos se despertasen. Aunque no eran precisamente madrugadores. Levantó la cabeza y echó un vistazo al despertador que había sobre la mesilla de noche de color blanco nacarado. Eran las ocho y diez. Ella era súper madrugadora, rara vez se levantaba más tarde de las siete y media.

Se giró y encaró a Raúl —ya no tenía ningún problema en reconocerse a sí misma que era su favorito de los dos, a pesar de que primero había conocido a Martín—. Acercó su cuerpo desnudo al de él debajo de las sábanas, buscando su calor. Reptó hacia el hueco que quedaba entre su cuello y la almohada y esperó acontecimientos, pero él ni se inmutó. Acercó su mano al miembro de él, semierecto y lo acarició. Nada.

Cinco minutos después, Mónica decidió escapar de aquella cama y de aquella casa y aprovechar la mañana. En medio como estaba de los dos bomberos, iba a ser muy complicado salir de ahí sin despertar al menos a uno de ellos. Y aquellos despertares eran lo que peor llevaba de la absurda situación en la que se había visto envuelta. Absurda pero demasiado irresistible.

Reunió toda su energía matutina y saltó por encima de Raúl. Empezó a vestirse en silencio. Localizó rápidamente toda su ropa interior, los vaqueros y la blusa que se había puesto para aquel tercer encuentro a tres bandas. En ese momento se sintió como una “ninja” del amor y

casi soltó una risita ante su propia ocurrencia. Se colocó las zapatillas deportivas y se dirigió al salón, donde se sentó un momento en el brazo del sofá para abrocharse los cordones.

Cuando se incorporó, se encontró con la mirada escrutadora de Raúl, que la había seguido hasta el salón nada más levantarse.

—¿Huyendo a escondidas, doctora?

Ella sonrió y enseguida sintió que sus mejillas se encendían. A él le había dado tiempo de colocarse unos calzoncillos *slip* negros y ajustados y estaba plantado delante de ella como la tentación que era. Mónica se incorporó y él se acercó para abrazarla. Entonces sucedió algo que la desconcertó, porque Raúl la besó de forma inequívoca, entreabriendo los labios con su lengua y entreteniéndose más de lo normal, aprisionándola entre sus bíceps. Mmmmm, ¿realmente quería marcharse?

En el momento en que sus cuerpos se separaron, ella completamente vestida y él semidesnudo, Mónica se dio cuenta de que era la primera vez que Raúl y ella estaban solos de esa forma, compartiendo cierta intimidad. Miró hacia la puerta del salón, esperando que Martín apareciese de un momento a otro y les interrumpiera, pero no lo hizo. Seguía durmiendo. Raúl también había salido a hurtadillas de la habitación.

—Me gustaría quedarme un rato más, pero tengo que irme. He de hacer unos recados.

—¿Un sábado a las ocho de la mañana? Pensé que podríamos salir a desayunar — contestó él, aún sin dejarla marchar y sin perder aquella sonrisa que la estaba volviendo loca por momentos.

Mónica levantó las cejas en señal de sorpresa. Sí que era cierto que los tres habían compartido un desayuno frugal los dos sábados anteriores, pero se había limitado a un poco de fruta, café y tostadas, lo que tenían respectivamente en casa de Martín y en la suya propia. En ningún momento se habían dirigido al piso en el que vivía Raúl. Pero, ¿lo estaba entendiendo bien o le estaba proponiendo que fuesen ellos dos solos a una cafetería?

La doctora reculó:—Bueno, suena muy tentador, pero Martín se pasa las mañanas del sábado durmiendo y yo...soy bastante madrugadora.

Él le confirmó sus sospechas:

—No, dejémoslo que duerma. Me refiero a salir a desayunar nosotros... tú y yo. Me visto en un momento y vamos a algún sitio por aquí cerca. ¿Qué te parece?

—Me encantaría, de verdad. Pero no puedo entretenerme más hoy. Y bueno, lo de anoche, estuvo genial, pero creo que no puedo comprometerme todos los viernes...— lo apartó suavemente y se acercó a uno de los taburetes de la cocina para recoger su chaqueta y su bolso.

El gesto contrariado de Raúl no le pasó desapercibido, pero por suerte, él no insistió. Tal y como se habían desarrollado los acontecimientos, no podía permitirse en aquel momento un signo de debilidad. A pesar de lo cómoda que estaba su lado, se sentía “rara” dejando fuera a Martín.

—Entiendo. ¿Hablamos esta semana?

—Claro, hablamos —contestó ella.

—Vale. Te llamo, entonces.

Aquello empezaba a ser raro. En ningún momento le había dado a Raúl su teléfono. El punto de contacto entre ambos nunca había dejado de ser Martín, que seguía durmiendo a pierna suelta. De repente sintió que la temperatura de aquella casa subía y subía. Mónica necesitaba aire. Le dio a Raúl un beso en la mejilla y salió rápidamente del apartamento, buscando la calle con cierto desespero.

¿Cómo has podido meterte en semejante berenjena? Fue lo primero que pensó Mónica cuando llegó al portal del edificio y salió por fin a la calle. Para colmo, esperaba que el sol le diera de lleno en el rostro y se encontró con una poderosa nube que amenazaba tormenta. Echó a andar sin mirar atrás, aunque tampoco esperaba que Raúl la estuviese siguiendo, la verdad. La doctora echó mano del método científico para analizar la situación.

Las cosas estaban así. Había empezado a tontear con Martín hacía unos meses. Lo conoció a través de “una conocida aplicación de contactos”, que era la expresión que usaba habitualmente cuando alguien osaba preguntar y a ella no le apetecía resumir todo en una palabra (que no era otra que Tinder). Habían quedado en un par de ocasiones, un par de cenas aquí y allá, unos cócteles en dos o tres bares de moda, unas sesiones de mantita y Netflix y, cuando todo parecía que estaba más o menos encaminado a convertirse en algo serio, o al menos “en algo”, Martín desapareció del mapa.

Dejó de contestar a sus mensajes. Muerto. Devorado por un tiburón. Atropellado por un autobús. A partir de entonces, Mónica lo dio oficialmente por desaparecido y procedió a cambiar su nombre en la agenda telefónica de su móvil. Martín pasó a ser “Ryan *Ghosting*”.

¿Qué pasó después? Bien, lo que os podéis imaginar... La doctora Arqueros se entretuvo con su ajetreada actividad profesional como dermatóloga, consultora cosmética, fan de las sesiones de pilates, y deslizador de fotos de hombres en la “conocida aplicación de contactos” y se olvidó por completo de que este chico, Martín, 37, bombero, existía sobre la faz de la tierra.

Existe una fuerza sobrehumana, algo energéticamente difícil de explicar, que hace que los hombres regresen de entre los muertos una vez ha pasado un tiempo prudencial y olisquean desde una inexplicable distancia que ya has pasado página. En efecto: un buen día, Ryan “Martín” Ghosting resucitó en forma de mensaje de Whatsapp.

¿Qué hacer ante tal desgracia? Lo lógico, lo que hay que hacer SIEMPRE en esta situación tan desconcertante, sin dudar, repetimos; SIEMPRE; es borrar el susodicho mensaje y hacer como que nunca ha existido. Y para ya rozar la perfección, lo ideal es bloquear al muerto viviente en cuestión en tu agenda del teléfono. Pero para ser sinceras, Mónica había retomado sus flirteos bastante rápido y no le afectó demasiado esa reaparición estelar de Martín.

Había estado desaparecido exactamente cinco semanas. Y el muy capullo sabía que había obrado mal, pero escurrió el bulto con cierta torpeza, alegando un viaje de trabajo. Sí, era bombero y no había ido a apagar fuegos al Amazonas, pero sí puso como excusa un viaje a Brasil para participar en un simposio internacional de apagafuegos. En definitiva, era una excusa aparatosa, pero Mónica lo pasó un poco por alto.

¿Por qué? Pues primero, porque Martín estaba tremendo y segundo, porque para ser sincera no le había afectado demasiado aquella desaparición. Por desgracia era algo con lo que se encontraba con frecuencia, y a pesar de que la doctora sabía perfectamente que no podía contar con que aquel sería “el hombre de su vida”, si es que tal cosa existía fuera de las películas de Disney, sí que le interesaría, por si acaso, mantenerlo entre su agenda de contactos. Por si acaso.

Esa semana, casi un mes después de la resurrección y de quedar con él para tomar una “caña amistosa” en un bar de la Ronda de Sant Antoni, Mónica volvió a guardar en la agenda de su móvil el nombre de Martín. Martín Bombero. No sabía su apellido, y jamás lo sabría, de eso

estaba convencida.

Todo bien hasta ahí. Quedaron un par de veces para tomar algo y a pesar de que él insistió en “acompañarla a casa”, pareció aceptar de buen grado que Mónica quisiera tomarse las cosas con un poco de calma. Pero todo se complicó cuando Raúl apareció en escena.

CAPÍTULO 2

Raúl. Raúl, 36, también bombero. Apareció por primera vez en su vida en una especie de cita a cuatro, para la que Mónica contó con la inestimable colaboración de su gran amiga Natalia, la directora de la sede nacional de Trish Cosmetics, firma con la que también colaboraba ella misma. ¿Cómo describir la belleza hercúlea de Raúl? Pues para ser muy gráficas: era un poco como Brad Pitt en Troya.

La película no era muy buena, pero Aquiles era divino. Estamos de acuerdo, ¿no? Raúl era altísimo, fibradísimo, con una melena de color castaño claro que le caía sobre los hombros y, al igual que Martín, apagaba fuegos y rescataba gatitos de las copas de los árboles (o eso le gustaba imaginar). Tenía una sonrisa que derretía hasta el corazón más congelado y para colmo se le formaban dos hoyuelos por los que Mónica mataría.

En cuanto lo vio se quedó deslumbrada. Hacía años que a Mónica no le pasaba nada semejante y podría decir, sin miedo a equivocarse, que muy posiblemente el último hombre que le había provocado aquel vértigo había sido su ex marido el mismo día en que se conocieron.

La cena a cuatro fue genial y todo parecía apuntar, en un principio, a que allí podrían formarse dos parejas, Martín y Mónica por un lado, y Natalia y Raúl, a quienes acababan de presentar, por otro. Pero, por supuesto, nada salió según lo establecido. Natalia salió huyendo del restaurante antes de que trajeran el postre al ver aparecer por allí a Álvaro, a quien no se sacaba de la cabeza desde hacía bastantes días. Raúl pareció un poco fastidiado al verla marcharse del local, pero enseguida volcó toda su atención en Mónica. LOS DOS, Martín y Raúl, volcaron su atención en ella. Demasiado.

Decidieron continuar la noche los tres, ir a tomar unas copas a algún bar animado. El bucle espacio - temporal entre las tres de la madrugada, cuando los echaron del último bar, hasta las ocho de la tarde del sábado transcurrió sin que la doctora Arqueros supiera explicar qué había sucedido. Pero para resumir, porque ya habrá tiempo de entrar en detalles: acabó en la cama con los dos. Una vez, y otra. Y otra.

Y tres semanas después habían convertido aquellos encuentros en un apetecible secreto que compartían los viernes por la noche de una manera increíblemente espontánea y natural.

A pesar de que la doctora Arqueros estaba más que liberada sexualmente, a sus treinta y seis años, era la primera vez que experimentaba con dos hombres al mismo tiempo. Y aún no había conseguido analizar las sensaciones que todo aquello le estaba provocando. Lo que sentía durante esas noches estaba claro. Sentía un placer que jamás había conocido, la llevaban hasta las estrellas y la traían de vuelta a la Tierra una y otra vez. La colmaban de todas las maneras posibles. Eran educados, respetuosos, desplegaban un sentido del humor muy agradecido teniendo en cuenta las circunstancias y parecían felices de verse en aquella situación.

¿Cuál era el problema, entonces? Pues que le fastidiaba reconocer que tenía una preferencia clara en aquella historia. Y era Raúl. Mónica creía que era un capricho pasajero, pero

cuando pensaba en su aventura durante la semana, era la cara de él la que veía, a quien tenía delante. Los ojos en los que se perdía cuando alcanzaba uno de sus innumerables orgasmos eran los de él. Martín estaba allí, por supuesto, pero por alguna razón nunca aparecía en sus húmedos recuerdos. Solo notaba su pecho contra su espalda, su aliento cayendo sobre su nuca. Pero no su rostro.

En resumen, que se había colgado de Raúl en la situación y el momento menos oportunos. Y en la última semana todo había ido a peor, porque empezaba a ser consciente de que no podría dar marcha atrás, de que no podrían sacar a Martín de la ecuación sin causar un pequeño terremoto. Que aquella historia, por excitante que fuese, tenía los días contados, y que solo era una cuestión de tiempo. Es decir, para Mónica aquello iba a tener un final a corto-medio plazo y era ella, muy probablemente, quién tendría que decidir cuándo, en la medida en que su resistencia empezase a flaquear.

Aquella mañana de sábado en la que buscaba una cafetería para desayunar y garabatear un poco en su libretita, a pesar de que llevaba caminando más de media hora y había pasado tres o cuatro locales que podrían ser candidatos perfectos para su café y sus delirios, Mónica fue consciente de que sí, era tan solo la tercera vez que se veían los tres, pero la cosa ya se le empezaba a escapar de las manos. Y la doctora Arqueros no era alguien a quien le gustase perder el control de la situación.

Su buena amiga Natalia era la única que sabía de estas últimas aventuras. Bueno, sabía algo. Y la verdad, no se habían visto mucho en las últimas tres semanas. En primer lugar porque estaba disfrutando de una especie de luna de miel sin boda con su nuevo novio *skater*, Álvaro (el tipo con el que huyó del restaurante, con su bendición, ¡todo hay que decirlo!). Natalia no era la típica amiga que desaparecía del mapa cada vez que tenía novio nuevo. Primero, porque no solía tener novios. Era un ser angelical y hacendoso que estaba completamente volcada en su trabajo como directora de Trish Cosmetics y no tenía demasiado tiempo para relaciones desgastantes con hombres.

Eso era lo que decía por ahí. La realidad es que le había costado años salir de una situación turbia con un tipo y, unos años antes, de una separación traumática con su novio a distancia oficial, Carlos, quien tuvo que largarse a Miami por trabajo. En un principio habían tratado de llevar la relación a pesar de estar separados por un océano, pero al aterrizar de uno de sus vuelos de vuelta Miami - Barcelona y encender el móvil, Natalia se había encontrado con un incontestable mensaje de ruptura.

En resumen: que apenas se habían llamado en las últimas semanas. La doctora Arqueros estaba dejando a su amiga un consciente espacio para que disfrutase de su nueva relación, y eso, al mismo tiempo, le permitiría a ella definir qué narices estaba pasando con el asunto de los bomberos.

La última vez que vio a Natalia, decíamos, fue el primer domingo después del primer trío. TRÍO. Aún le costaba digerir esa palabra. Mucho más pronunciarla en voz alta. Natalia había ido a verla a casa, como hacía bastante a menudo, y le había contado lo sucedido con Raúl y Martín. Pero se lo había contado de la misma manera en que solía contarle todas sus citas irrelevantes, restándole importancia, sin ahorrarse detalles picantes. Una nueva aventura de la doctora Arqueros.

Cómo habían cambiado las cosas en solo tres semanas. Después de tres viernes. A pesar de que no se habían visto, sí había mantenido el contacto con Natalia vía Whatsapp, mediante su

eterno chat. Y le había preguntado por “el asunto de los bomberos” en varias ocasiones, pero Mónica, al principio inconscientemente, había cambiado de tema sin ningún tipo de complejo. De repente no le apetecía hablar de ello. Quería guardárselo para sí misma. Quería entender qué le estaba pasando. Decir las cosas en voz alta delante de Natalia, a pesar de que su amiga era la persona menos prejuiciosa que conocía, no le iba a ayudar a aclararse. O al menos así lo sentía.

Después de un buen rato deambulando, y cuando notó un leve rugido de su estómago, Mónica entró en una pastelería y pidió un café con leche y un trozo de tarta de zanahoria. Jamás se le habría ocurrido desayunar un pedazo de tarta. A ella, que cuidaba tanto la ingesta de azúcar... pero era lo que le pedía su cuerpo cansado y colmado en ese momento.

Se fue feliz con su generoso desayuno a un rincón de la cafetería. Era un local precioso y no lo tenía en su radar. La decoración estaba inspirada en los *diners* americanos de los años sesenta, y sonaba una música *ambient* perfecta para trabajar y concentrarse. Echó un vistazo a su alrededor. Eran casi las diez de la mañana y allí ya se arremolinaban varios jóvenes barbudos con sus ordenadores portátiles, de esos que viven sin horarios, preparados para empezar a trabajar en sus proyectos.

Se sentó en una de las mesas cercanas a la gran cristalera con su bandeja y su bolso-mochilita de piel colgada al hombro, dispuesta a disfrutar de su tarta. Sacó la “libreta del amor” y el boli de colores que llevaba a todas partes.

La tarta tenía una pintaza espectacular y Mónica sabía a ciencia cierta que aquella dosis de dulce no iba a gustar demasiado a la piel de su cutis, pero le dio exactamente igual. Tenía otras cosas de las que preocuparse en ese momento.

Tal vez antes de sumirse en sus problemas del primer mundo debería comprobar que nadie se había accidentado durante la noche anterior. En las últimas semanas, y una vez ya estaba en compañía de Martín y Raúl, había procedido a apagar su móvil. Solo lo encendía al día siguiente, una vez se encontraba sola. Suponía que, inconscientemente, no quería que nadie le amargase su plan del amor.

Se encontró con tres mensajes. Uno de un número desconocido, que no tenía registrado en su agenda, que se limitaba a un:

Hola, ¿qué tal todo?

Borró el mensaje sin dudar ni un segundo. Cuando te entregas al mundo de las citas tan intensamente como lo había hecho Mónica en el último medio año reaparecía gente del pasado inmediato muy a menudo. Un goteo incesante de “Ryan Ghostings”. Había aprendido a ignorarlos, especialmente si ni siquiera se había molestado en guardar el número del susodicho en su agenda.

El segundo mensaje era de su queridísimo hermano Juan Carlos, también conocido como “Juanqui”, un ser rarito y maravilloso que vivía la mitad del año en un barco. Era científico-biólogo, especializado en plancton, y pasaba mucho tiempo en expediciones y mirando muestras de agua a través de un microscopio.

Comunicado para mi hermana favorita: regreso a tierra firme finalmente la semana que viene, el jueves. Y espero verte el viernes para cenar. Mamá ha reservado algo. Habla con ella.

Por cierto, me ha preguntado a mí, ¡a mí! dónde te metes últimamente. Espero que no andes metida en ningún lío de los tuyos. X.

Para empezar, no solo era su hermana favorita, sino también la única que tenía, que ellos supieran. Y segundo, ¿el viernes? ¿una cena familiar? Mónica se mordió el labio inferior. ¡Mierda! El mundo contra ella. ¿No había más días en la semana? En fin, archivó el mensaje de Juan Carlos sin contestarlo. Ya lidiaría con cuestiones familiares más tarde.

El tercer mensaje de Whatsapp era de Natalia, y era mucho más agradecido (y también más largo):

¿Móvil apagado? Uhhhhmmmm ¿Dónde te metes, amiga? Estás muy silenciosa últimamente. Tengo mucho que contarte. Espero que tú también... ¡Ah! Y necesito que bloques tu agenda para el viernes próximo por la noche. Álvaro celebra su cumple y me gustaría presentártelo oficialmente.

Me haría una ilusión enorme que vinieras XXXXX

Mónica empezó a teclear una respuesta, esta vez sí, solo para Natalia, pero después de llevar media frase escrita borró todo el texto y bloqueó de nuevo la pantalla. Guardó el móvil en el fondo de su mochila. En aquel momento no podía lidiar con las prioridades de los demás. Bastante tenía con su “atracción fatal”.

Durante la siguiente media hora, la doctora dejó la mente en blanco y se dedicó a saborear cada esponjosa migaja de su tarta de zanahoria. Pero aquel ejercicio de meditación se veía constantemente interrumpido por la imagen de Raúl, en calzoncillos ante ella, invitándola a desayunar.

Los dos solos.

CAPÍTULO 3

Una de las cosas positivas de tener una intensísima vida social y sexual todos los viernes por la noche es que te da cierta tregua para el resto del fin de semana. Puedes dedicarte a no hacer nada y tener la conciencia tranquila. Cuando Natalia decía de Mónica en su mensaje que andaba “desaparecida” tenía toda la razón del mundo. Y la verdad era que lo estaba disfrutando al máximo.

Al salir de aquella cafetería *vintage* y ponerse de nuevo en movimiento, con destino al supermercado, Mónica acusó el dolor de glúteos. No eran exactamente agujetas, no. De hecho ella estaba bastante en forma, así que no podía ser por la falta de ejercicio. Lo que le dolía eran las nalgas, los puntos exactos que Martín, y sobre todo Raúl, habían palmeado a su antojo durante horas.

Se estremeció de placer mientras aguardaba a que el semáforo se pusiera en verde. El color acudió de nuevo al rostro de la doctora al recordar el pulso sexual que habían mantenido ambos con su cuerpo. La noche anterior era la primera vez que se habían atrevido a reservar una mesa para los tres solos en uno de los restaurantes de moda de la ciudad. No era un sitio especialmente caro, pero servían unas carnes y unas especialidades criollas deliciosas. Un lugar modernito y colorido de esos que tanto le gustaban a la doctora.

La segunda noche habían quedado directamente en casa de Mónica, pero esa semana a los tres les apetecía salir un poco. Había sido muy conscientes de las miradas que despertaron a su paso, nada más entrar en el local abarrotado. Además, por algún motivo, aquella noche los bomberos habían decidido ponerse un traje.

En cuanto los vio aparecer, a parte de que casi se desmaya de la impresión, suplicó que le permitieran ir a casa a cambiarse los vaqueros y la blusa por un vestido. Ambos se habían reído.

—Yo os mato. ¿Pero es que se casa alguien? ¿Por qué no me habéis avisado de que vendríais vestidos de gala? Esperadme y voy a casa a cambiarme. Seré muy rápida. Podéis tomar algo mientras, y en una media hora estoy de vuelta.

—Ni de coña, vamos a cenar ya. Me muero de hambre —había dicho Martín—. Además, nos gustas más así.

Raúl asintió. No había más que hablar al respecto.

Pero la razón por la que todo el mundo, —incluida la relaciones públicas que los atendió a su llegada—, los observó de arriba a abajo no era porque ella fuese algo más *sport* y los chicos resplandeciesen con sus disfraces de ejecutivos. Resultaba obvio que había algo entre ellos. Entre los tres. Por el juego de miradas a tres bandas, el baile de manos, el momento de sentarse en el restaurante. Ellos dos, a un lado de la mesa, ella, sola, justo delante. Donde ambos pudieran admirarla.

Después de la cena habían ido directos a casa de Martín. Los tres estaban muy excitados

y no podían aguardar ni un minuto más para quitarse la ropa. La posibilidad de ir a tomar un gin-tonic había estado sobre la mesa, pero Raúl no bebía mucho. Las dos copas de vino con la que habían acompañado la carne eran más que suficiente para él, por lo que la idea de alargar más la velada fuera de casa no era muy de su gusto.

Habían ido directamente a su enorme dormitorio. Mientras le quitaban la ropa y la besaban, había algo que Mónica no lograba sacarse de la cabeza. ¿Habían hecho aquello con otras chicas? Hacía ocho años que Martín y Raúl trabajaban juntos. Era obvio que eran mejores amigos y que confiaban plenamente el uno en el otro. Era imposible, dada la situación, que fuese de otra manera. ¿Era ella la primera? Aún no se había atrevido a preguntar pero, por la manera en que ambos coordinaban sus movimientos, algo le decía que no. Ni de coña.

Después del desayuno se puso en marcha hacia su supermercado de confianza. Como decíamos, su mayor placer de los últimos sábados —bueno, más bien su segundo mayor placer— era encerrarse en casita, pedir una pizza o aprovisionarse de algunas guarradas calóricas, y hacer una maratón (de series, en este caso).

Mónica caminó unos diez minutos en dirección a su apartamento y se metió en el súper. Su nevera solo gozaba de cierta alegría en estos momentos de sábado, ya que por lo general estaba bastante vacía. Allí solo había yogures, algún tomate o manzana solitarios, y una botella de salsa de soja que no debería abrir nunca más.

Compró lo que le apetecía después de pasar casi toda la noche en vela con Raúl y Martín: natillas de chocolate, panecillos tostados con sabor a tomate y orégano, pasta fresca y cantidades industriales de coca-cola zero.

Mientras pagaba con tarjeta en la caja, recordó que tenía el móvil apagado, y de repente se sintió inquieta. No por la ristra de mensajes que tenía pendiente contestar, sino porque recordó las palabras de Raúl. *Hablamos esta semana. Te llamo.*

¿Lo había dicho en serio? Seguro que no. Funciona muy bien como despedida en casi cualquier situación. Estaba convencida de que en ningún momento le había dado su número. Entonces, solo podría conseguirlo pidiéndoselo a Martín o desarrollando unas dotes de *hacker* que a primera vista no aparentaba.

No esperó ni a guardar la compra en la bolsita de tela auxiliar que siempre llevaba bien doblada en cualquier bolso. Mónica echó mano de la mochila y encendió el móvil de nuevo. Por si acaso. Pasó la tarjeta de crédito por el datáfono y puso rumbo a su nidito.

Todo el mundo pensaba que era muy extrovertida. Y podía ser así, a ratos. En cualquier congreso de medicina, en cualquier reunión con colegas, o con clientes de cosmética como las chicas de Trish Cosmetics, la doctora Arqueros siempre aparecía con una gran sonrisa en el rostro, con la melena larga y oscura recogida en una coleta alta —prácticamente su seña de identidad—. No solía ir por ahí con el pelo suelto. Los hombres, literalmente, alucinaban cuando, en sus momentos íntimos, ella encima de él, estiraba la mano y se soltaba la cabellera. Era una visión de puro éxtasis para ellos.

Era, por tanto, muy atractiva, a la par que lista, pero Mónica también disfrutaba de sus largas horas de soledad. A veces simplemente desaparecía del mapa, y no solo para encerrarse en casa y dedicarse a dormir o ver la tele durante un par de días. También podía suceder que, una vez al año al menos, cogiese su ordenador portátil y la tarjeta de crédito, abriera el navegador de

internet y reservase el primer vuelo disponible hacia algún lugar raro de Europa en el tiempo que se tarda en preparar una maleta con cuatro cosas y plantarse en el aeropuerto.

Llegó a casa y se alegró de estar a solas de nuevo. Por algo había vivido sola durante toda su vida desde que terminó de estudiar la carrera de medicina, excepto en los dos años en que vivió con David, su ex oficial (el único oficial, podía decirse), claro. Notaba como su energía empezaba de nuevo a recargarse. Una ducha caliente y estaría como nueva.

Dejó la compra sobre la mesa de la cocina y se fue a la ducha, consciente de que el agua eliminaría de su piel cualquier rastro de Martín y de Raúl. Después, ya vestida con ropa cómoda, se preparó un aperitivo y una infusión y se hundió en el sofá —mantita incluida, por supuesto—, para disfrutar de la siesta del siglo.

Se despertó de repente de la manera absurda en que solía hacerlo durante aquellas siestas largas, con las que solo conseguía descontrolar su sueño nocturno. En la tele, en la película que había puesto para dormirse, alguien gritaba, disparaba o ponía la música a todo volumen. Y aquello la expulsaba irremediabilmente del sueño profundo y reparador que necesitaba.

Se incorporó en el sofá, desorientada. ¿Cuánto había dormido la noche anterior? Miró el reloj en el móvil. Eran casi las siete de la tarde. ¿Una siesta de casi cuatro horas? Comprensible, después de que Raúl la dejase dormir, por fin, a eso de las cinco de la madrugada, mientras ya hacía casi dos horas que Martín roncaba suavemente.

Se estremeció como si estuviese de nuevo entre ellos y eso le hizo volver a perder la noción del tiempo durante varios minutos más.

¿Tenía que cortar de inmediato con aquella situación, cuyo control se le escapaba por momentos? La semana siguiente, el que sería cuarto viernes a tres bandas, podría ser un buen momento para, al menos, echar un poco el freno, interrumpir la situación y ver qué sucedía. Tenía dos planes que le apetecían moderadamente. Pasar un buen rato con su hermano Juanqui después de meses sin verle el pelo y acudir a la fiesta del tal Álvaro, y cotillear un poco *in situ* acerca del nuevo novio de Natalia. De hecho, ¿iba a tener que elegir entre uno de los dos? ¿Tal vez ir a la fiesta de cumpleaños y convencer a su hermano de que cambiase la cena de autobienvenida al sábado? Sí, tendría que intentar algo por el estilo.

Se levantó del sofá y fue a buscar una cocacola a la nevera. Después abrió una app de comida para llevar en el móvil y encargó una pizza *pepperoni* porque, como ya venía siendo tradición de sábado, le apetecía darse un homenaje. También decidió que contestaría los mensajes pendientes el domingo. Esperó a que llegase la pizza y, a eso de las nueve de la noche, pensó que ya era una hora sensata para apagar de nuevo el teléfono.

Mientras cenaba se puso un capítulo de *Las Chicas Gilmore*, sin más pretensión que escuchar voces reconocibles mientras calmaba el hambre y la sed y se sumía de nuevo en sus propios pensamientos. O más bien fantasías, porque en su cabeza se proyectaba una y otra vez, como una película de alto voltaje, todos y cada uno de los movimientos desnudos de la noche anterior.

En cierto modo, y ahora que lo recordaba, Martín sí había dado por sentado que se volverían a encontrar el próximo viernes. Eso era un poco preocupante. ¿Significaba que ella era la chica de los viernes y que podía haber otra, tal vez por separado, durante el resto del fin de semana? Pensó que sería una buena idea, solo para ver su reacción y si tal y como esperaba

volvían a proponerle una cita, mencionar otro día. Jueves, sábado, domingo. Y observar la reacción de Martín. En principio, porque era él con quien hablaba para sentar las coordenadas de los encuentros. Pero también porque, por algún motivo que aún desconocía pero por el que cada vez se sentía más intrigada, estaba segura de que era él el que llevaba la voz cantante en aquel asunto.

No era simple sexo placentero. Allí había algo. Algo que se estaba tejiendo y que los envolvía a los tres como una telaraña. Su intuición rara vez se equivocaba. Y desde hacía ya varios días le daba demasiadas vueltas a aquella nueva “situación”. La intuición de la doctora Mónica Arqueros gritaba, clamaba al cielo.

CAPÍTULO 4

¿Cuánto tiempo hacía que no se tomaba unas vacaciones? Eran las ocho de la mañana del lunes y Mónica caminaba por las calles semidesiertas en dirección a su consulta. Se había detenido delante del escaparate de una agencia de viajes, donde se exhibía una foto de los alrededores del Lago Ginebra y los verdes valles que lo rodeaban. Nunca había estado en Suiza, y estaba sin duda entre los destinos que aún no había tachado de su lista.

Pero Suiza tendría que esperar un poco, porque el trabajo entre la consulta por las mañanas, el hospital durante dos o tres tardes a la semana y las colaboraciones de estética como la que mantenía con Trish Cosmetics, que no quería dejar bajo ningún concepto, Mónica ni podía plantearse una escapadita en pleno otoño.

Las últimas vacaciones, veamos... ¿Abril? Habían sido solo tres días y se había largado sola a Atenas. A pasear y ver piedras. De manera improvisada, como tanto le gustaba. Había decidido su destino cuatro horas antes de subir al avión. Y así había ido visitando, en los últimos años desde que se había separado de David, una considerable cantidad de rincones europeos e incluso, algo más lejanos, como Bangkok o Boston. Para ella nunca había sido un problema viajar sola. Lo hacía de vez en cuando para asistir a congresos, y la verdad, la única diferencia es que disponía de más tiempo para pasear y dedicarse a hacer lo que le apeteciera, desde sentarse en una terraza a tomar una cerveza, o a tener una cita con algún desconocido autóctono.

Y sin embargo allí, delante del escaparate de aquella agencia de viajes, Mónica pensaba de repente en el campo. En que desaparecieran todos los edificios de su campo de visión. Un viñedo por el que perderse, un campo de trigo por el que correr.

Se rio ante su nueva ocurrencia y reemprendió el camino hacia la consulta. Quería comprar un café, también, y algunos *croissants* para las chicas de recepción. ¿Por qué esa necesidad repentina de oxígeno? ¿Ir al campo? ¿Ella, qué era más de ciudad que Carrie Bradshaw? Pues sí, algo campestre no estaría mal, y por primera vez en mucho tiempo, no le importaría en absoluto salir de Barcelona acompañada.

Acompañada por Raúl, en concreto.

Dejó escapar un suspiro y dos adolescentes que habían madrugado demasiado se la quedaron mirando. El domingo había sido un completo limbo. No había hecho nada más que vegetar en el sofá y colorear un libro de mandalas. ¡Pintar mandalas! Si alguien le hubiese dicho que estaría así a los treinta y seis se habría reído en su cara.

Entró en el local de una de las franquicias cafeteras de su plena confianza y pidió un café con leche para llevar y una bolsa mediana de mini *croissants*. Odiaba comprar café en lugares que no conocía. Un mal café puede arruinarte la mañana, sobre todo la de un lunes. Que se lo digan si no a Natalia y a su primer encuentro con el *skater*, hacía apenas un mes.

Miró su reloj. Le sobraban unos quince minutos antes de llegar a la consulta, y prácticamente una hora antes de la primera visita que tenía en la agenda aquella mañana. Mónica

se quedó junto al mostrador, donde estaban los miles de tipos de azúcares y de edulcorantes y se preguntó si era feliz.

No lo hacía cada día, pero la doctora Arqueros se evaluaba con bastante frecuencia respecto a ese asunto tan abstracto de la felicidad. Era una conversación que tenía consigo misma a menudo. Y era una pregunta jodidamente difícil de contestar con franqueza, aunque no tuviera que rendir cuentas con nadie más.

Le gustaba su trabajo, le encantaba su apartamento y cómo lo había ido decorando con el paso de los años. Su familia no la agobiaba demasiado y tenía pocos pero buenos amigos. Lo de la separación de David había sido un palo en toda regla, cierto, y había tenido que reaprender a vivir sola. Pero diría que había salido más que airosa de la situación.

Después estaba la “cuestión masculina”. Así era como la llamaba ella. Los hombres eran para Mónica poco más que un entretenimiento. Le gustaba conocer chicos, salir con ellos de vez en cuando, evaluarlos en secreto, ponerlos un poco a prueba. Ver cuáles de ellos le seguían el juego y cuáles “desaparecían” de la faz de la tierra.

Algunos le gustaban más de lo esperado, y esos precisamente solían ser los que no volvían a dar señales de vida después de un par o tres de encuentros. Y después estaba su “fetiche”. Muchas lo controlan y saben relegarlo a la ficción televisiva, o a las novelas románticas, pero para Mónica era casi una evidente necesidad conocer hombres que tuviesen un punto “rudo”. Las fuerzas de seguridad le podían. Policías, bomberos, militares (en menor medida), algún que otro marinero amigo de su hermano... en fin. Eran su punto débil. Uno al que no estaba dispuesta a renunciar tan fácilmente.

Lo de preguntarse si eres feliz y conseguir una respuesta clara no es tan fácil, así que Mónica se conformaba con una visión general de la situación. Tenía días buenos y malos como todo el mundo, pero no podía quejarse. Estaba bastante satisfecha con su vida. Aunque le fuese difícil conocer un hombre que verdaderamente le gustase. Uno por el que pudiese sentir “la palabra de las cuatro letras”. Le costaba mucho decírla en voz alta e incluso pensarla: AMOR. Y eso podía ser un indicativo de que algo no andaba bien del todo.

Su profesión era altamente endogámica. Médicos que se emparejan con médicos o enfermeras. Enfermeros con doctoras. Pero ella, por algún extraño motivo —porque tal vez le hubiese ido mejor en ese aspecto— siempre se había abstenido de ligar en ambientes de trabajo. Tendría que echar la vista muy atrás para recordar la última historia que hubiese tenido con algún colega médico. ¿Ocho años? ¿Nueve? Ni siquiera había terminado aún de estudiar la especialidad de Dermatología cuando salió brevemente con Ramón (ahora convertido en el Doctor Ramón Salazar). Y había sido bastante antes de su matrimonio con David.

Llegó a la consulta y saludó a las recepcionistas, Clara y Maielis, que enseguida le pasaron el parte del día.

—¿Solo doce visitas? —les preguntó, con un gesto extrañado—. ¿Qué demonios ha pasado hoy? ¿Dónde está todo el mundo?

Clara se encogió de hombros, sonriente. Por lo general tenía unas veinte citas siempre que acudía aquella consulta.

—Parece que su mantra machacón de usar todos los días el protector solar va surgiendo efecto, doctora.

—¿El mantra machacón? ¡Ya hablaremos! —le contestó riéndose.
Cogió el listado con la agenda del día y se dirigió a su consulta.

La mañana del lunes transcurrió según lo previsto. Solía tratar casi siempre los mismos problemas de piel, rara vez se sorprendía. A las once y media, su teléfono vibró. Despidió a la última paciente y, después de completar su ficha en el ordenador, buscó el móvil en el bolso para ver quién era. De entrada, vio de nuevo un número desconocido.

Y luego, directamente, alucinó:

Hola Mónica. Soy Raúl. A lo mejor es muy improvisado, pero tengo el día libre y me preguntaba si te gustaría almorzar hoy conmigo. Pasaría buscarte donde estés a la hora que me digas.

Si hubiera estado mascando un chicle en ese momento seguro que se lo había tragado del susto. Tuvo dos impulsos repentinos para contestarle, por lo que apartó el teléfono como si quemara para coger aire. El primero: decirle que no. No solía aceptar citas de último minuto. Necesitaba tiempo para prepararse para ese tipo de cosas. Lo segundo era preguntarle cómo había conseguido su número de teléfono, aunque en realidad era una tontería. ¿Quién, además de Martín, podría habérselo pasado?

Consultó la hora en la esquina inferior del ordenador. ¿Estás pensando en serio, Mónica, en aceptar la propuesta? ¿Precisamente ahora que están surgiendo todas las dudas respecto a esa locura de los viernes?

Cogió de nuevo el teléfono. ¿Qué querría? Se moría de curiosidad. No eran amigos, y dudaba mucho que lo fueran algún día. De hecho, apenas habían hablado más que sobre algunas generalidades. Se estaban conociendo los tres, pero en ningún momento nadie había manifestado ninguna intención de profundizar.

Le contestó:

Vaya, así que iba en serio cuando nos despedimos el otro día...

Añadió unos emoticonos-carita para quitarle hierro al asunto, y siguió tecleando:

¿Qué tenías en mente?

La respuesta de Raúl no se hizo esperar. Estaba “en línea”:

Conozco un restaurante vietnamita buenísimo en la calle Bruc. Queda bastante cerca de tu consulta. Puedo pasar a buscarte o nos vemos en la puerta, como prefieras. Igual que la hora, cuando te vaya bien a ti.

Mónica se mordió el labio, intentando tomar una decisión en segundos. ¿Quería verlo? ¿Almorzar con él como si nada? Pues la verdad, sí. Contestó:

*Solo tengo una hora libre. Tal vez hora y media.
¿Nos vemos a las dos directamente allí?
Envíame la ubicación exacta. X.*

Raúl le pasó la dirección acompañada de un “Te veo allí”. Mónica se levantó de la silla, inquieta. Tenía diez minutos antes de que entrara el siguiente paciente. Era todo rarísimo. ¿Hacía bien en quedar con él? O mejor dicho, ¿hacían bien? ¿Lo sabría Martín? ¿Por qué tenía ese absurdo malestar en la conciencia, como si estuviera a punto de serle infiel a alguien? Era ridículo.

CAPÍTULO 5

Antes de salir por la puerta del edificio donde pasaba consulta de dermatología, recibió la agradable noticia por parte de Maielis de que la primera cliente de la tarde había pedido un cambio de fecha en su visita. Lo cual significaba que tenía una media hora extra para almorzar con Raúl y eso la puso aún un poco más nerviosa si cabe. Su presencia física era tan imponente que la inquietaba.

Fantaseó con la posibilidad de invitarlo a que pasara con ella a su despacho y follar con él salvajemente en esa media hora caída del cielo. Era una fantasía descabellada y se le escapó una risa absurda al pisar la calle y poner rumbo al restaurante. Y por cierto, pese a ser Mónica Arqueros, la doctora Amor...no, nunca había pasado a mayores con ninguno de sus ligues en su consulta. Lo de mantener bien despejada la línea entre ocio y negocio siempre lo había tenido claro, y no solo en cuanto a liarse con alguno de sus colegas. Sus ligues tampoco podían entrar en su espacio médico. Aunque con Raúl no tenía tan claro que no hiciese una excepción.

Aceleró un poco el paso. No conocía el restaurante que él había propuesto, pero pertenecía a una franquicia de cuatro o cinco locales casi idénticos, con muy buena fama, y sí que había estado en otro de ellos. Era una buena elección. No muy elaborada, pero tampoco demasiado cutre. Raúl no le había dado aún ninguna sorpresa negativa.

Lo vio desde lejos. No es que se lo esperase vestido de bombero —él ya le había dicho que era su día libre—, pero tampoco que aparecería con unos pantalones de pinzas de color beige y una camisa azul marino que le sentaban como un guante. No llevaba chaqueta, a pesar de que el tiempo ya hacía semanas que había refrescado.

Él ya sonreía al verla llegar, y se levantó de la silla donde la esperaba, en una de las mesas exteriores del restaurante. Cuando llegó hasta él, sintió su cercanía física y su inconfundible perfume masculino, y eso ya la desarmó. Por si fuera poco, él se acercó más de la cuenta a sus labios. Mónica reaccionó rápido y transformó lo que iba a ser un beso robado e imprevisto en un correcto saludo entre amigos.

Porque era era otra. ¿Cuál era exactamente el protocolo entre ellos? Esperaba sacar algo un poco en claro de aquella cita improvisada.

—Estás increíble —le dijo él—. Gracias por venir a comer conmigo. Todo el mundo está ocupado los lunes.

Mónica torció el gesto, y estuvo a punto de soltarle una bordería de las suyas. ¿Por qué los hombres hacían eso? ¿Por qué no cuidaban un poco más sus palabras y decían lo primero que se le pasaba por la cabeza? *Todo el mundo está ocupado los lunes.* ¿Acaso había hecho un repaso a su agenda antes de probar suerte con ella?

Relax, Mónica. No te pongas tan rápido a la defensiva.

Lo miró, y él sonrió de nuevo. Era incapaz de reprocharle nada hasta que no estuviese sentada y se acostumbrara a su presencia.

—¿Entramos? —preguntó Mónica.

Raúl asintió.

Una chica asiática, delgada y monísima, los recibió. El local estaba bastante animado, pero ni mucho menos con su aforo completo.

—Siempre hay sitio aquí —dijo Raúl—. Al estar en una calle peatonal, parece que no lo conoce demasiada gente.

—Ya, ya sabes cómo va con los sitios que nos gustan en esta ciudad.

—¡Enseguida se llenan! ¿Cómo se entera la gente?

—Y cómo se enteran los turistas.

—Supongo que ya no nos podemos callar la boca cuando descubrimos un sitio que nos encanta.

La camarera los acompañó hasta una mesa apartada. A decir verdad, una de las mejores del local.

—Yo tengo decenas —dijo él.

—¿Decenas?

—De sitios secretos que no comento con nadie.

—¿Este es uno de ellos?

—Sí. Pero este lo comparto contigo.

Mónica sonrió. Vaya, así iba a ir el asunto. Él iba a ir ganando puntos durante las próximas dos horas y eso le garantizaría sin duda más y más minutos de su pensamiento en los próximos días.

—Qué considerado.

—En realidad se me ocurren más...sitios que te gustarían. Pero bueno, ya habrá tiempo para eso...

De repente él bajó la mirada hacia la carta que les acababan de traer y eso le vino genial a Mónica para cambiar un poco de tema. Se moría ya de ganas de indagar en el motivo de su encuentro, pero iba a dejar que la conversación fluyese un poco para ver si él lo soltaba sin necesidad de preguntarle.

—Entonces, ¿libras los lunes?

—No, no siempre. Nos turnamos. Pero si tengo opción de escoger, suelo quedarme con los lunes, sí. Me encanta coger la moto y escaparme de la ciudad cuando hace buen tiempo y todo el mundo está ocupado. En primavera, sobre todo. Si tengo la oportunidad de correr un poco junto al mar... En fin, no necesito mucho más.

Él desvió la mirada hacia sus labios sin ningún tipo de disimulo. Pidieron a la camarera dos menús vegetarianos con rollitos de primavera y un ramen con caldo de verduras y agua mineral, y se quedaron solos de nuevo.

Mónica trataba de pensar a la velocidad de la luz. Como persona controladora, buscaba la manera de hacerse con aquella inesperada situación en nanosegundos para, acto seguido, recordar que debía relajarse.

—¿Y tú? ¿Trabajas siempre los viernes? ¿Vas cambiando de sitio?

Juraría que ya le había contado un poco en alguna de las veladas con Martín, aunque acostumbraban a no hablar de trabajo precisamente.

—Los lunes y miércoles paso consulta en esa clínica, sí. Después, dos o tres tarde a la semana en el Hospital del Mar, donde también hago alguna que otra guardia. Y en los huecos libres colaboro como asesora con algunas firmas de dermocosmética...

—Vaya, una mujer muy ocupada. Me gusta...

—Pero en realidad eso último es lo que más me gusta. Lo cual me hace preguntarme por qué estudié tantísimos años de medicina en primera lugar... pero supongo que es ya tarde para planteárselo —añadió Mónica, riéndose.

Aprovechó que les servían el primer plato para callarse un poco. Lo que solía darle resultados en sus citas era, por lo general, dejar hablar al “contrincante”. No revelar tanto sobre sí misma. Primero, porque no sabía si iba a volver a ver a esa persona y segundo, porque escuchando, (¡quién lo iba a decir!), se puede obtener un retrato bastante fiel del sujeto que tienes delante. En el caso de Raúl le costaba categorizarlo como una de sus citas habituales, por supuesto, pero tal vez había llegado el momento de saber más de él.

—¿Hace mucho que eres bombero?

—Unos ocho años. Me costó decidirme, la verdad. Estudié dos años de derecho casi por inercia, pero lo dejé. Fue difícil ser honesto conmigo mismo, y más cuando tienes veinte años, pero no me veía sentado en una mesa los siguientes cincuenta años de mi vida rodeado de papeles. Siempre creí que iba a necesitar un poco de... acción.

La palabra “acción” iba acompañada de una mirada intensa en dirección a los ojos de Mónica.

—¿Y siempre has trabajado con Martín todo ese tiempo?

Se dio cuenta de su error enseguida, no hizo falta ver la media sonrisa que se dibujó en el rostro de Raúl. ¿Qué es exactamente la química que sientes cuando estás con un hombre con el que las cosas podrían ponerse serias? Tal vez parte de esa química es empezar a adivinar sus pensamientos. Porque Mónica, en aquel momento, se dio cuenta de que Martín era un tabú en esa situación. El elefante en la habitación. El tercero en discordia, al que ambos estaban siendo “infieles” con aquella cita improvisada. La respuesta de Raúl fue sintética y escueta:

—Yo llegué dos años después de que él empezara en el parque de bomberos.

Pero Mónica no era alguien que tuviese un excesivo cuidado con sus palabras. Lo cierto era que le apetecía hablar de Martín con Raúl. Era una curiosidad casi malsana, un tema demasiado tentador como para seguir esquivándolo. Así que tomó aire y le preguntó:

—¿Él sabe o sabrá que tú y yo nos hemos visto hoy?

Raúl negó con la cabeza.

—No he hablado con él desde el sábado. Le pedí tu número hace un par de semanas, y me lo dio un poco a regañadientes, la verdad. Si se lo hubiese pedido este mismo fin de semana estoy convencido de que no me lo habría dado ni de coña.

—¿Y eso?

—Bueno, puede ser un poco...territorial. Y no es idiota, él se ha dado cuenta.

—¿De qué?

Raúl dejó el tenedor sobre la servilleta y se inclinó un poco más sobre la mesa.

—Es obvio que tú y yo hemos conectado bastante, ¿no? No sé si lo lleva muy bien, la verdad. Es uno de mis mejores amigos, pero es un tipo hermético.

—Raúl, yo...

Se detuvo unos segundos. Debería haber pensado un poco mejor qué decirle, pero en lugar de eso, Mónica fue consciente de su vulnerabilidad y dejó caer un poco la armadura que empezaba a pesarle.

—No sé muy bien qué estamos haciendo —le dijo—. Yo nunca...

—¿Nunca habías hecho un trío? —preguntó él.

—No.

Por supuesto que no iba a dejar pasar la oportunidad de extraerle toda la información que pudiera, aunque era obvio que Raúl era bastante listo y que solo le diría aquello que le beneficiase.

—¿Y tú? Quiero decir...¿vosotros antes...?

Él se mordió el labio, y lo que le contó después la dejó de piedra.

—No es la primera vez, pero hacía un tiempo que no sucedía. Quiero decir, que Martín y yo tuviésemos una relación con la misma chica. Al mismo tiempo...los tres.

—¿Cuánto duró? La anterior, quiero decir...

—Casi tres años.

Dios. ¡Qué fuerte! Mónica se calló de repente. Él se relajó. Parecía con ganas de hablar, y por supuesto que lo iba a escuchar. ¿Tres años? Eso era una eternidad.

—No quiero que pienses que la cosa se enturbió, ni tampoco que se convirtió en una relación idílica a tres bandas. Pero obviamente, después de tres años, todo el mundo estaba bastante cómodo con esa historia. No era algo de lo que hablásemos fuera de la relación. No hacía falta y tampoco esperábamos que el resto del mundo lo entendiese. Simplemente nos dejamos llevar y las cosas funcionaron por inercia, hasta que...

Él se detuvo, dudando sobre si seguir o no.

—¿Qué pasó? ¿Por qué se terminó?

—Bueno...nunca se terminó, exactamente. No tuvimos una conversación. Ella desapareció.

—¿Como que desapareció? ¿Os dejasteis de llamar? ¿Os bloqueó en el móvil?

Raúl sonrió, aunque lo que soltó a continuación no tenía demasiada gracia:

—No. Desapareció. Se marchó. Dejó su trabajo, la ciudad, y se largó sin decir nada a nadie, ni siquiera a su familia y sus amigos. Era florista, tenía una floristería. Cerró su negocio de un día para otro y dejó de contestar mensajes a todo el mundo. Al cabo de unas semanas, su móvil ni siquiera daba señal. Imagino que cambió el número.

—Pero Raúl, ¿cómo...?

—Ya, ya, no es lo que piensas. La chica estaba bien. Martín y yo indagamos, porque como puedes imaginar nos preocupó bastante, pero al cabo de un tiempo supimos que se había ido a vivir a Ibiza. Que quería empezar una nueva vida y que solo había informado de ello a sus parientes más cercanos, sus padres y poco más.

—¿Y no conseguisteis hablar con ella?

Estaba genuinamente interesada en aquel escabroso tema del pasado de sus amantes. No era por meter el dedo en la llaga, pero aquello era demasiado tentador.

—No. Entendimos que la gente tiene derecho a desaparecer. Es raro, ¿verdad? Irte sin más y dejar tu vida atrás. Empezar de cero en otro sitio, sin dar explicaciones a nadie. Nos fastidió, porque creíamos que todo iba bien. No era solo sexo, esa es la verdad.

Mónica se recostó en la silla, y la camarera se acercó para retirar el segundo plato. Eso les dio a ambos un pequeño respiro.

—Supongo que nos conocemos desde hace muy poco y aún no deberíamos tener una conversación de esas aclaratorias —dijo Mónica.

Él, en aquel momento, pareció tener muy claro el objetivo de ese encuentro.

—Mira, Mónica. No tengo inconveniente en hablarte de Martín y de mí, y de nuestras dinámicas del pasado. Ni en lo que sucedió con Magda. Pero sí tengo claro que para mí esto no es

una segunda parte. No quiero repetir la misma historia.

Ahora sí que sentía curiosidad.

—Mónica yo...no sé qué pensarás. Pero me gustaría que nos viésemos tú y yo solos.

Menos mal que no tenía comida en la boca en ese momento. Porque seguro que se habría atragantado.

—¿Qué quieres decir?

Él midió sus palabras, pero no reculó.

—Me gustaría conocerte un poco mejor. Poco a poco. Sin prisas. Me gustaría dormir contigo. Los dos solos. Y entiendo que estás cómoda con...la situación con Martín. La verdad es que es muy excitante y me pone mucho ver cómo disfrutas con los dos. Pero al margen de eso, ¿qué te parece si nos vemos de vez en cuando?

No sabía qué contestar. Es decir, sabía que la respuesta era un sí como una catedral pero...¿estaba preparada para lo que se le venía encima?

—De acuerdo —contestó.

Él sonrió, aliviado.

—Solo una cosa, Mónica. Prefiero que Martín no sepa nada de esto.

CAPÍTULO 6

El resto de la tarde tan solo tuvo que atender a tres pacientes, lo cual fue un alivio, porque le dejó espacio y tiempo para reflexionar sobre lo que había sucedido con Raúl. Mónica sentía que se adentraba en terreno pantanoso, en arenas movedizas, y sin embargo no había nada que deseara más en aquel momento que hundirse con él en aquel fango.

Por suerte tenía la tarde del lunes despejada, y a partir de las seis no tenía mucho más que hacer. Se quedó en la consulta un poco. La intención era trabajar un rato más, echar un vistazo al resto de la agenda de la semana y leer algunos historiales de sus próximos pacientes, pero la mente de Mónica iba a mil por hora.

De entrada, no podía negar la evidencia. Estaba muy excitada. Desde que Raúl la había acompañado de regreso hasta la puerta de la clínica. Se habían detenido en la esquina y se habían besado desesperadamente, porque ninguno de los dos aguantaba más. Él le acarició la nuca con su mano derecha y se perdió en sus labios. No pudo más que entreabrirlos y sentir su lengua explorándolos, muy despacio. Había consultado su reloj con disimulo. Tenía todavía veinte minutos hasta que llegase el primer paciente de la tarde. Podría invitarlo a la consulta y permitir que la mano de él se perdiese en sus braguitas, que era lo que más deseaba en ese momento y lo que él, en grado de tentativa, parecía tener en mente en aquel instante, según los amagos de su mano izquierda.

Pero también necesitaban tomar aire y asimilar todas las palabras que se habían dicho. Él se separó de ella despacio.

—¿Qué vas a hacer el resto de la tarde? —preguntó Mónica.

—Creo que daré una vuelta con la moto. Saldré un poco de la ciudad.

—Por cierto, ¿no sabía que tenías una moto!

Él se rio.

—Es verdad. Oye, ¿estás ocupada mañana por la noche? ¿Qué te parece si paso a buscarte con un casco y salimos a dar una vuelta? Me encanta conducir la moto de noche, a partir de las once. No hay casi nadie en las calles y es una gozada, pero si es muy tarde para ti podría ser un poco antes, después de la cena...

—A las diez estaría bien.

—Perfecto, pasaré a buscarte por casa, si te parece.

Mónica se sumió en una especie de letargo ensoñador delante de la pantalla del ordenador de su consulta. ¡Un paseo en moto! Aquel chico estaba sacando sus mejores cartas muy pronto. No había nada que le apeteciera más que abrazarlo por la cintura y sentir su espalda pegada a su pecho, envueltos en el viento. Se le escapó una risita de pura emoción. En realidad solo había una sombra en todo aquello, y tenía nombre.

Martín.

¿Por qué le había dicho que prefería que Martín no supiese nada de sus encuentros?

Bueno, parecía obvio. La quería solo para ella, y en el fondo no sabía nada de esa relación de amistad que mantenía los dos. Ni ella misma sabía gran cosa de Martín. Desde el día en que lo había conocido había sentido una enorme atracción física por él, pero eso era todo. Después de algunos encuentros a solas con él, ya hacía meses, había comprobado que era también un tipo divertido y carismático.

Pero no lo veía más allá de una amistad “de aquella manera”, y de los puntuales encuentros tórridos que mantenían. Ahora bien, Mónica tenía trabajo pendiente con este asunto. ¿Quería sacar a Martín de la ecuación de manera inminente? Tenía que sincerarse consigo misma. Se moría de ganas de pasar tiempo a solas con Raúl, y casi veía como un juego excitante mantener ese secreto con él, pero en ningún momento Raúl había mencionado que interrumpiesen del todo su relación a tres bandas. Al menos no por ahora. ¿Qué pasaría ese viernes? ¿Se verían de nuevo, como si nada?

Mierda. Juan Carlos. Natalia. Ambos le habían propuesto planes y aún no se había dignado a contestar más allá de un vago saludo para confirmar que seguía viva. De hecho tenía un segundo mensaje de Natalia preguntándole si había visto lo de la fiesta de cumpleaños y si estaba libre. Pero en ese momento no estaba para tomar decisiones de gran calado respecto al fin de semana. Era solo lunes y su cabeza ya era un hervidero. El cuerpo todavía le temblaba después del beso de despedida de Raúl.

Y luego estaba todo ese asunto de Magda. La florista. Porque él había mencionado su nombre de pasada pero no podía referirse a otra que no fuese a ella. La intuición de Mónica rara vez fallaba, y esta vez le decía que aquella chica del pasado había causado estragos y que, probablemente, los dos arrastraban aún secuelas de esa historia.

La doctora Arqueros había estudiado algo de psicología. No solo entre sus materias de medicina, en sus años de estudiante. Siempre le había gustado y había continuado leyendo sobre el tema en sus ratos libres. Bajo su punto de vista, una relación poliamorosa comportaba cierto desgaste psicológico. No todo el mundo está preparado para algo así. Puede ser muy placentera, ella misma lo estaba viviendo en sus carnes, pero si no tenían cuidado podrían llegar a hacerse daño. ¿Cómo lo habrían manejado ellos en el pasado?

Recordaba muy bien el segundo encuentro entre los tres. Esa noche Mónica apenas había bebido, siguiendo el ejemplo de Raúl, por lo que su juicio estaba perfectamente claro. Los había observado bien esa noche. Ellos jamás se tocaban. La atención de ambos y toda su dedicación estaban concentrados en ella. Uno a cada lado, siempre. Era como si sus movimientos estuviesen coreografiados. Martín y Raúl jamás se habían besado ni acariciado, ni mucho menos estimulado sus respectivos genitales. Al menos que ella hubiese visto...en ningún momento delante de ella.

Pero la realidad era que Magda la florista había acabado por huir. Y quién sabe si tal vez, directa o indirectamente, Raúl o Martín tuviesen mucho que ver con esa decisión.

Cerró el programa médico de consultas en el ordenador y abrió el navegador de internet. Allí, delante de ella, el interminable agujero temporal que le ofrecía Google. Introdujo tres palabras:

MAGDA, FLORISTERÍA, BARCELONA

Buscar.

No esperaba encontrar nada, por supuesto que no. Alguien que decide desaparecer sin decir nada a nadie y mudarse a una isla no iba a dejar rastros evidentes en Google. Echó un vistazo a los primeros resultados pero, obviamente, no dio con ella. El buscador se había vuelto loco enlazando resultados inútiles.

Pero lo cierto era que estaba muerta de curiosidad. En el fondo, ella estaba en esa situación porque aquella misteriosa florista desaparecida había interrumpido bruscamente su relación con Raúl y Martín y había puesto tierra y mar de por medio. Le encantaría saber más. Ahora sí quería saber qué la había animado a “desaparecer”. A Mónica siempre le habían interesado esas historias sobre gente que decide reiniciar su existencia por completo. Quienes abandonan familia, trabajo, vivienda, ciudad. Todo. ¿Cómo de al límite tienes que estar para implosionar de esa forma? Le parecía apasionante, sobre todo porque ella se había sentido cerca de ese límite en algunas ocasiones, y se preguntaba cómo reaccionaría y si se atrevería a dar un salto semejante.

Miró la esquina derecha del ordenador. Eran ya la siete y diez de la tarde. Justo en ese momento Maielis llamó a la puerta de su consulta.

—Mónica, si no me necesitas, me marcho ya.

—Sí, claro. No me había dado cuenta de que era tan tarde.

—Volvemos a verte esta semana, ¿verdad?

—Estaré de nuevo por aquí el jueves, pero solo por la mañana. El miércoles por la noche tengo una guardia en el hospital, pero rezo para que sea tranquila. Escíbeme con cualquier cosa que surja.

La recepcionista asintió y la dejó de nuevo a solas. La luz en la habitación había cambiado, porque ya hacía bastante rato que la noche había caído por completo en la ciudad. Le costaba concentrarse aquellos días. Revisó su cuenta de correo. Tenía dos emails de Natalia con varios asuntos de Trish Cosmetics que estaban pendientes. En uno de ellos le mencionaba que el miércoles le llegarían a casa dos paquetes con nuevas muestras de producto, y adjuntaba tres PDFs con formulaciones.

Apagó el ordenador. Le echaría un vistazo a todo en casa. Le apetecía mucho una copa de vino. No había nada que le relajase más que una copa de buen vino blanco al llegar a casa por la noche. En ese momento no le importaba trabajar un poco más. Le encantaba sentarse en el escritorio de madera de roble que se había hecho instalar en su pequeño salón y revisar tranquilamente su correo, leer los informes de cosméticos y contestar a sus clientes. Ese día, sin embargo, no estaba nada concentrada.

Siguió la agenda que se había trazado ya en la consulta. De camino a casa, Mónica compró una botella en Wino, la estupenda bodega que tenía a apenas unos metros del portal de su edificio y subió a casa.

Adoraba aquel apartamento. Había sabido que quería vivir en él desde el día en que entró por primera vez, acompañada del comercial de la administración de fincas.

La luz era clave para ella. Había decorado la estantería del salón con una guirnalda de luces que proporcionaba al espacio una gran calidez. Le encantaba volver a casa todas las noches y encontrarla bonita y acogedora. Era su refugio.

Abrió la botella de vino, cogió una de las enormes copas que guardaba en el armario expositor de la cocina y se acomodó junto a su gran escritorio. Encendió su MacBook portátil y

descargó los documentos que le había enviado Natalia. Deslizó el cursor por todo ese mar de fórmulas y de información. Realmente no podía hacer gran cosa hasta que no recibiese las muestras de los productos el miércoles, así que abrió Youtube y buscó actualizaciones de sus canales favoritos.

Se echó hacia atrás en la silla giratoria y saboreó el vino. Después de dejar atrás fases en las que solía tomar una copa todas las noches, lo cierto era que había abandonado aquel hábito en el momento en que había llegado a pensar que “necesitaba” esa copa de vino para poder desconectar del resto del día, una vez terminaba de trabajar.

Había sucedido una tarde en la que, al volver a casa después de una guardia diurna, se había encontrado con que Wino estaba cerrada. Eran las nueve de la noche de un martes, y solían abrir hasta las diez, aproximadamente. Había un cartel en la persiana metálica de la bodega: “Cerrado hoy por motivos personales. ¡Volvemos mañana!”. Recordó cómo le había fastidiado no poder comprar su botella y cómo era obvio que empezaba a ansiar esa copa todas las noches al llegar a casa. Había sido entonces cuando había tenido ese momento de clarividencia y se había prohibido a sí misma no comprar nunca más de una botella a la semana. Al fin y al cabo, y aunque sea en pequeñas dosis, el alcohol no es bueno para el cutis.

Pero esa noche sí la estaba disfrutando. En su mente ya empezaban a recrearse fantásticas escenas de lo que pasaría al día siguiente con Raúl. Necesitaba descansar bien durante el día. Por suerte tenía toda la mañana del martes libre. Pensó que a lo mejor podría dar un paseo, salir a desayunar y tal vez ir de compras.

Se emocionó ante la perspectiva de comprar un vestido bonito para su encuentro con Raúl, pero enseguida recordó que el plan era un paseo nocturno en moto, y que no era muy práctico llevar vestido. Bien, una cosa menos. Recurriría a su look habitual: vaqueros, blusa y cazadora.

Saltó entre varios vídeos de Youtube, antes de darse cuenta de que era incapaz de prestar atención a nada aquella noche. Ni siquiera a vídeos ridículos de *influencers*. Apagó el ordenador y se recostó en la silla, apurando los últimos sorbos de su copa de verdejo.

Cerró los ojos y fue como si estuviese de nuevo entre sus cuerpos perfectos y desnudos. Los abrió un segundo y se encontraba con la intensa mirada de Raúl. Se giraba para apreciar a su segundo acompañante, y al abrirlos de nuevo, él seguía siendo Raúl.

CAPÍTULO 7

No siempre estaba libre los martes por la mañana, pero es que además ese día estaba de un humor excelente. En lugar de salir a desayunar a algún sitio, Mónica decidió darse un homenaje. Vestida tan solo con una de sus coloridas batas-kimono, aprovechó que la nevera estaba bien surtida gracias al pedido online que había hecho el domingo, y que justo acababa de llegar, y se preparó un desayuno completo con muesli, fresas, café y huevos revueltos con tostadas.

Después cogió el teléfono y le envió un mensaje a su hermano Juan Carlos:

Juanqui, qué ganas de verte. Voy a hacer lo posible por contentar a todo el mundo, como siempre, pero este viernes tenía una fiesta de cumpleaños. ¿Crees que habría alguna posibilidad de vernos con mamá para cenar el sábado o el domingo, en lugar del viernes? Dime algo, capullín. X

Seguidamente, buscó el chat de Natalia y escribió:

Amiga: mi brother vuelve a tierra firme en estos días. No sé exactamente cuándo, pero él ya había planificado una cena familiar este viernes que me va a ser difícil esquivar. Déjame que mueva unos hilos, a ver si es posible posponerla al sábado y te digo algo en cuanto sea posible. O tal vez vaya a la cena y luego pueda escaparme a vuestra fiesta. No lo sé. Te digo algo pronto. Tengo ganas de verte. X.

Suspiró y volvió a dejar el teléfono sobre la encimera de la cocina. Tenía que reconocer que su verdadera intención era pasar la noche del viernes con Martín y Raúl. Pero ya habría tiempo para organizar todos sus compromisos en los próximos días.

El día transcurrió sin que apenas fuese consciente del paso de las horas. Se dio una ducha, hizo la cama y se pasó un buen rato delante de su armario, decidiendo cual de sus camisas ponerse. Le gustaba llevar camisas cuando tenía una cita con un chico. Los botones son sexis y estimulan la imaginación. Aquel día, sin embargo, acabó optando por una camiseta con el logo de Mötörhead y unos vaqueros de color gris oscuro. Aprovechó esa especie de bucle espacio-temporal para poner un poco de orden en su armario.

A eso de las dos de la tarde bajó un momento a la calle a comprar algo de comida para llevar de su restaurante chino favorito y después de almorzar se echó una minisiesta en el sofá. La despertó el sonido del móvil. Era su hermano Juanqui, siendo muy poco práctico, como siempre:

*¿Pero le has preguntado ya tú a mamá si le iría bien el sábado o el domingo?
A mí me da igual, háblalo con ella y me decís algo.*

Resopló. ¿Por qué sospechaba que de repente le iba a tocar a ella organizar una comida a la que ni siquiera estaba segura de poder asistir? Además, estaba convencida de que su madre pondría pegás. No era una de esas señoras que suelen estar en casa sin muchos planes. Su madre, divorciada desde que ambos eran adolescentes, tenía una intensa vida social. Tenía varios grupos de amigas —desde luego mucho más que sus propios hijos— y siempre estaba implicada en mil historias.

Mónica contestó:

OK. Lo consulto con ella y te digo algo en cuanto sepa.

Dejó el teléfono. Querría dormir un rato más. El teléfono volvió a vibrar. Pesadísimo Juanqui. Echó mano de nuevo de él, pero la pantalla iluminó su rostro al ver el nombre de Raúl que, por supuesto, ya había registrado en su agenda:

*Hola Mónica. Paso a buscarte por casa a las diez en punto.
La verdad es que yo ya habré cenado :)*

Le gustó su tono decidido, sin dejar ningún espacio a un posible arrepentimiento. Iba a suceder. Iban a verse solas aquella noche. Mónica tembló de excitación. Si pensaba recuperar su siesta y dormir otros veinte minutos, aquello ya no iba a ser posible. Dejó pasar unos diez minutos y le contestó de forma escueta:

Perfecto. Te veo a las diez, X.

Observó que él contestaba. “Escribiendo...”, pero de repente se detuvo y salió de la aplicación. Había borrado aquello que iba a decirle y ese detalle, por absurdo que parezca, le encantó. Le gustaba que Raúl no fuese de esos chicos que pierde el tiempo con mensajitos. Era ejecutor, iba al grano. Y eso facilitaba siempre mucho las cosas.

Mónica no tenía demasiada hambre, pero se preparó rápido una mini ensalada para no estar con el estómago vacío hasta el día siguiente. Después se vistió con la ropa que había apartado de su armario, se calzó sus Converse All-Star y se peinó con esmero. Se recogió el pelo en una coleta alta, y después la deshizo al recordar que tendría que llevar un casco.

Dios, ¿cuánto tiempo hacía que no daba una vuelta en moto? ¿Desde que estaba en el instituto? Cuando estudiaba Bachillerato había salido con el socorrista de la piscina municipal del pueblo en el que veraneaba con su madre y con Juanqui. Se veían a escondidas y él tenía una Vespa en la que salían a dar paseos por el pueblo vecino. ¡Qué tiempos! Recordó que iban sin casco y se estremeció. ¿Cómo habían pasado tan rápido todos esos años? *En efecto, Mónica. Era el siglo pasado.*

A las diez en punto, increíblemente puntual, recibió un nuevo mensaje de Raúl. *Estoy debajo de tu balcón*, decía. Sintió el irrefrenable impulso de asomarse un poco entre los resquicios de las cortinas, pero no lo hizo. Saltó del sofá, cogió las llaves y la cazadora de piel y salió de casa feliz. Ni siquiera pensó en llevarse el móvil.

Raúl estaba sentado en una moto impresionante. Mónica no entendía nada de motos, pero

era de esas grandes, una Honda de esas parecidas a las que se conducen en las carreras, de gran cilindrada. Él sonrió en cuanto la vio aparecer. Tenía un casco en cada brazo.

Ella se acercó a él todo lo que pudo con toda la intención, y el acto reflejo de él no la decepcionó. La rodeó con la cintura y la atrajo hacia su pecho. Saboreó su lengua durante unos segundos.

—¿Preparada?

Mónica asintió, sonriente.

Él le ayudó a colocarse uno de los dos cascos integrales y se acomodó en el asiento principal. Por suerte la extensión de cuero que había tras él no quedaba demasiado alta. Prácticamente estarían a la misma altura. Mónica subió a la moto y no perdió ni un segundo en agarrarse bien a su cintura. Los cascos chocaron.

Le gustó que oía su voz sin problemas a pesar de la barrera de protección.

—¿Dónde coloco los pies para que no te molesten? —le preguntó.

Raúl se rio, señalándole unos soportes que había justo al lado del tubo de escape. Localizó el del lado contrario.

—¿Estás cómoda? Sujétate fuerte a mi sin problemas, ¿de acuerdo? Y no te preocupes, estás muy segura conmigo.

Inmediatamente se imaginó que lo dijo porque tenía práctica paseando a chicas en aquella enorme moto, pero le dio igual, porque antes de salir de casa se había conjurado para no darle vueltas a su cabecita ni analizar cada una de las palabras que salieran de la boca de él. Porque aquella noche en la que había dejado el teléfono en casa para no estar pendiente de nada ni nadie más que Raúl, Mónica se había dado permiso a sí misma para dejarse llevar.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

Enfilaron por la Gran Vía y fue en esa ruta de salida de la ciudad cuando Raúl aumentó un poco la velocidad. No había ni un resquicio de aire entre ellos. Mónica había pegado su cuerpo al de él y a pesar de las gruesas cazadoras era consciente de la tensión de cada uno de sus músculos. Se estaba excitando por momentos. No le había preguntado dónde iban, ni le importaba lo más mínimo. Se fiaba cien por cien de él.

Raúl condujo durante unos veinte minutos. Tenía razón, era una gozada ir en moto por la noche. Las calles estaban prácticamente desiertas pero bien iluminadas. Llegaron hasta la Avenida de María Cristina y entonces fue consciente de hacia donde se dirigían: la montaña de Montjuic. Raúl se internó por las carreteras serpenteantes, cuya pendiente iba aumentando. Si la ciudad estaba ya desierta a esas horas, por allí no había absolutamente nadie. Dejaron atrás los equipamientos de la Zona Olímpica y se internaron por los bosques que acaparaban la montaña portuaria, en dirección al castillo que la coronaba. Raúl bordeó la gran superficie amurallada y pronto llegaron a un mirador impresionante.

Detuvo la moto junto a un pequeño pinar y la ayudó a bajar. Mónica podía sentir la adrenalina circulando por su torrente sanguíneo, como si acabara de bajar de una montaña rusa.

—¿Estás bien? ¿No estarás mareada?

—No, no. ¡Qué va! He disfrutado mucho del paseo.

—He ido despacio, ¿sabes? Quiero decir, más despacio de lo habitual —contestó sonriendo.

Le ayudó a retirarse el casco, y los dejaron encima del asiento.

—¿Están seguros si los dejamos aquí?

—Sí, no te preocupes. Aquí nunca hay nadie.

—¿Es este uno de esos sitios secretos de los que me hablaste y que nadie más conoce?

—Exacto. Sí. Vamos ahí mismo. No vamos a perder la moto de vista. ¿No llevas nada?

Mónica se rio.

—¿No te has fijado cuando me has visto a aparecer? Solo he salido con las llaves de casa.

—La verdad es que solo me he fijado en ti.

Desde la moto se veía un muro de piedra y, tras él, el trozo de mar Mediterráneo que chocaba con la ciudad. Era un mirador solitario y precioso y a pesar de la hora que era Mónica no podía creer que estuviesen allí solos. Se acercó al muro y se quedó helada al contemplar las vistas que ofrecían. Desde allí tenían una panorámica perfecta del puerto industrial de la ciudad, que parecía seguir trabajando a buen ritmo aún ya entrada la noche. Los enormes contenedores de colores, el muelle de los ferris y dos grandes cruceros dormitaban bajo los potentes focos de luz del puerto. Y más allá, el mar negro y calmado, que llegaba hasta ellos con el rumor de un suave oleaje.

—Es impresionante, ¿verdad?

—Lo es. ¿Cómo descubriste este sitio?

—Bueno, los paseos en moto dan bastante de sí. De todas formas no es un mirador aislado. Un poco más abajo, allí...¿ves aquella caseta? Es un bar, pero solo está abierto en verano. El sitio no es completamente desconocido, durante las noches de verano viene gente aquí cuando terminan las sesiones de cine al aire libre que hacen en el castillo...

—¡Ah, sí! He ido alguna vez, pero hace años que no. Es complicado llegar hasta aquí arriba.

—Sí, cierto. El caso es que yo prefiero venir en otoño y en primavera, cuando no hay nadie más. La vista sobre el puerto industrial no es precisamente bonita...pero tiene algo. No sé, me relaja.

—Es estupenda. Gracias por traerme.

Mónica se apoyó en la gran barandilla de piedra encastrada en la montaña. El paisaje industrial iluminado era impresionante, pero en esos momentos le interesaba más Raúl. Él leyó en sus ojos todos los mensajes correctos, y se acercó para besarla. De sus labios no se despegó hasta pasados varios minutos y fue para comunicarle que se estaba poniendo bastante a tono. Su voz ya sonaba entrecortada.

—Espero que no pienses mal de mí, después de darte un paseo a lomos de mi caballo y traerte hasta un sitio con vistas imponentes, pero como puedes ver no puedo apartar mis manos de ti ni un segundo...

Mónica se incorporó un poco más. Logísticamente no habría sido muy práctico, pero en ese momento pensó que ojalá se hubiera puesto una falda para ofrecer a aquellas manos imparables un radio de acción mayor. Se pegó a su cuerpo y notó el bulto del pantalón de él. Miró a su alrededor. Estaban allí completamente solos, pero ¿y si...?

Él seguía besándola. Su mano derecha ya hacía minutos que se había perdido bajo su camiseta y bajo su sujetador. Raúl jugaba con uno de sus pezones y se estaba volviendo loca. Sintió que a partir de esa noche todo iría cuesta abajo y sin frenos. En ningún momento, desde que había salido de casa, había pensado en Martín. Y la experiencia de aquella noche a solas con Raúl, en aquel muro de piedra con vistas a la ciudad, hizo que todo cambiase entre ellos para siempre.

CAPÍTULO 8

—Voy a follarte aquí mismo —le dijo él, con la voz entrecortada—. No puedo más. Llevo días deseándolo.

No podía hacer otra cosa que obedecer a cada uno de sus movimientos, porque ella tampoco lo podía desear más. Quería quitarle la cazadora de piel y arrancarle la camiseta, pero en todo momento fue consciente de que estaban al aire libre, aunque la noche les ofreciese su abrigo protector. Mónica introdujo sus manos bajo la camiseta de él, y palpó sus abdominales marmóreas. Sus músculos estaban duros y su piel muy fría. Había bajado la temperatura bastante aquella noche. Pero ninguno de los dos sentía frío. En absoluto. Al contrario. Por dentro hervían.

Él la sujetó con firmeza por la nuca y atrajo sus labios hacia los suyos. Con la mano izquierda le acarició el culo y después llevó los dedos a su entrepierna. Empezó a presionar con fuerza sobre la tela de los vaqueros, junto en el punto donde empezaba la cremallera. Un gemido de placer incontrolable se escapó de los labios de Mónica.

—Deberíamos parar...

—¿Por qué?

—Alguien podría vernos.

—Estamos solos —dijo él, ya fuera de sí.

Empezó a besarla por el cuello y cada segundo que pasaba su lengua entretenía más y más en cada resquicio de piel. ¿En qué momento había pensado Mónica que podría detener aquello, si ni siquiera ella quería que parase? En ningún momento había pensado que aquello iba a suceder cuando salió de casa. No sabía exactamente qué tipo de encuentro iba a ser aquel, pero lo que estaba sucediendo le estaba gustando demasiado.

Raúl le indicó suavemente que se girara para encarar el puerto y el mar nocturno. La rodeó con sus enormes brazos y sus manos parecieron multiplicarse por diez. Salían y entraban de su camiseta como si fuese su dueño absoluto y no pudo hacer otra cosa que dejarse arrastrar. El sujetador ya había quedado descolocado por encima de sus pechos y los dedos de él los acariciaban a la velocidad de la luz.

Lo notó más cerca todavía, la respiración enterrada en su pelo, y los jadeos incesantes. Raúl ya buscaba nerviosamente el botón de sus vaqueros. Mónica miró inquieta a izquierda y derecha para asegurarse una vez más de que allí no había nadie más.

La mano de él se perdió entre sus piernas y empezó a bajarle el pantalón y la braguita. Encontró enseguida el lugar al que quería llegar. Mónica entreabrió un poco más los muslos y Raúl le introdujo dos de sus dedos, no para entretenerse allí, sino para comprobar que, como no podía ser de otra manera, estaba completamente húmeda, esperándolo.

La penetró enseguida. No le dio ni un respiro. No preguntó si estaba lista, porque era evidente que lo estaba. A Mónica se le escapó un gemido intenso. Echó el cuerpo hacia atrás y empujó el muro con las manos para recibirlo aún mejor.

—La quieres entera, ¿no?

—Sí, por favor...

Él se hundió del todo en ella, sujetándola con firmeza por la cadera. Empezó a moverse rápidamente. La urgencia del momento no les permitía recrearse en aquella situación tan excitante. Mónica ya agradecía la experiencia sin que esta hubiese terminado, porque notaba cómo se le grababa ya a fuego en la memoria. Raúl estiró la mano derecha para alcanzar su clítoris, mientras con la izquierda rodeaba sus pechos, abarcándolos con su abrazo por completo. Con el antebrazo guió el torso de ella para que se incorporase un poco más. Ahora la estaba follando completamente de pie.

—Ugh —gimió Mónica de nuevo.

—No podré aguantar mucho más...

—Yo tampoco.

La velocidad de la caricia sobre su clítoris se incrementó y de repente el viento nocturno se apelmazó y le pareció un sople de aire caliente.

Dos segundos después él se detenía para retirar su polla, y al instante volvía a introducirla hasta el fondo. Fue en ese momento cuando el mundo se paralizó y notó el calor volcánico emanando del cuerpo de él. Se estaba corriendo intensamente. Mónica explotó casi dos segundos después.

Deberían haber tenido un poco de prisa para vestirse, colocarse de nuevo la ropa, pero se quedaron allí paralizados durante tres interminables minutos, incapaces de separarse y de calmar hasta la última de sus terminaciones nerviosas.

Ella se vistió primero, mientras Raúl todavía la abrazaba por la espalda. Se subió las braguitas, prácticamente empapadas, y los vaqueros, que habían quedado enrollados justo debajo de sus nalgas. Se ajustó el sujetador mientras trataba de recuperar el aire. En algún momento que ni recordaba él le había quitado la cazadora, que se había caído al suelo.

Pasaron algunos minutos más hasta que uno de los dos pudo articular palabra.

—Guau. No sé ni qué decirte —dijo él—. Esto ha sido...

—Lo sé.

—No encuentro ni la palabra que busco, pero da igual. Ha sido como los últimos tres viernes, solo que multiplicado por mil.

Él se subió los calzoncillos y se abrochó los pantalones mientras recuperaba la compostura, a pesar de que las rodillas le temblaban ligeramente. Respiró hondo y, de un salto, Raúl se sentó sobre el gran muro de piedra. Bajo ellos solo había grandes piedras cortantes y, abajo del todo, la Ronda Litoral, una vía rápida de acceso a la ciudad, por donde el tráfico también era escaso a aquellas horas.

—Me das vértigo ahí subido.

Él se rio y se inclinó un poco más hacia atrás. Mónica le palmeó el muslo.

—Dios, ¡para ya!

—¿Temes que me caiga, Mónica?

—No entiendo cómo no tienes vértigo.

Se asomó un poco a su lado.

—Los bomberos no podemos tener vértigo, bonita. Pero ya paro.

Dio un salto y aterrizó de nuevo en tierra firme. Mónica echó un nuevo vistazo a su alrededor.

—¡Que no hay nadie, tranquila!

—¿Por qué estás tan seguro?

—Aquí no vive ni un alma...estamos al lado del cementerio. ¡No! ¡No vive nadie!

Él se rio, encantado con su pésimo chiste.

—Por si no lo sabes, esta es una zona de *cruising* —dijo Mónica—. Por aquí ronda gente...buscando sexo con desconocidos.

—Eso es una leyenda urbana.

—¡No lo es! Obviamente no se me ocurriría andar sola por aquí un martes a las once de la noche. Seguro que me encontraría algún *pervert*.

—De todas formas, el área *pervert*, como tú dices, no es aquí. Está en las zonas de bosque que hay cerca del Estadio Olímpico. O sea, bastante lejos de donde nos encontramos.

—¡Así que sabes perfectamente de qué estoy hablando!

Él se rio.

—Mónica, ¿qué más te da? Además, déjame decirte que ahora eres una de ellos.

PERVERT.

Pensó que él sugeriría que volviesen a subir a la moto y la llevaría a casa, pero no fue así. Se acercó a su Honda de nuevo y abrió un pequeño compartimento en el que cabían, por arte de magia un par de latas de cerveza.

—¿Quieres una?

—¡No me lo puedo creer! Trae aquí.

¿Cuánto tiempo pasó hasta que decidieron que ya era demasiado tarde para estar allí, a la intemperie, escuchando los sonidos mecánicos del puerto? Entre una y dos horas. Estuvieron hablando de ellos mismos y la conversación fluía de maravilla, pasando de unos temas a otros. Le habló de su trabajo, sus amigas, incluso del sueño que iba y venía en las últimas semanas, en el que recorría el campo de trigo de su abuelo, como cuando era una niña.

Raúl habló de su familia, de sus aficiones, de su moto y de algunos de sus amigos (otros que no eran Martín). Y aquello, de repente, la animó. Porque si había temido algo era que Martín ejerciese una influencia demasiado fuerte sobre él. Era obvio que era su mejor amigo, pero tal vez eso se debía únicamente a la acumulación de horas diarias que pasaban juntos en su lugar de trabajo.

Aquello siempre le sorprendía cuando alguien se lo contaba, pero por lo general Mónica no era alguien a quien le gustase frecuentar compañeros de trabajo en sus ratos libres. Podían salir algún día y tomar una copa, y de vez en cuando disfrutaba de las cenas que organizaban sus compañeros médicos, pero prefería mantener sus ratos de ocio con otras personas. Había gente, en cambio, que tejía fuertes relaciones de amistad con personas de su entorno laboral.

—¿Tus amigos también trabajan con vosotros? ¿Son también bomberos?

Raúl se quedó momentáneamente descolocado por ese “nosotros”, pero reaccionó rápido:

—No, no. Amigos del barrio, de toda la vida. Y otros con los que juego a fútbol. Nos vemos de vez en cuando. Una vez al mes, seguro.

Mónica contempló su perfil, mientras él mantenía la vista fija en el puerto. Tenía ganas de preguntarle por su última novia —al margen de Magda, la florista, de la que tampoco le importaría tener más información, la verdad—, pero ese era siempre un tema peliagudo.

Nunca se sabía qué tipo de demonios podían despertar ese tipo de preguntas, así que mantuvo la boca cerrada. Lo cierto es que costaba creer que aquel chico estuviese soltero —

exactamente igual que ella, la verdad—, y supuso a que se debía a que necesitaba estarlo para experimentar el tipo de relaciones al que Martín lo estaba arrastrando. Porque esa era otra. Mónica estaba convencida de que lo del trío había sido idea de Martín. Pero ya tendría tiempo de indagar en todo eso. De repente sintió un escalofrío y él, atento, le preguntó si quería regresar a casa.

—La compañía es muy agradable, pero sí... se ha hecho un poco tarde. Mañana tengo una guardia de doce horas.

—Oh, ¿por qué no me has dicho nada?

—No, no es un problema. Empieza a las seis de la tarde.

—Entonces tienes toda la mañana libre.

—¿Qué estás tramando?

—Bueno, si la compañía es agradable, puede continuar. Si me invitas, claro.

—¿Quieres quedarte a dormir a casa?

Él asintió.

—Solo si tú quieres.

—Déjame que lo piense —le contestó, juguetona. Aunque no se le ocurría nada mejor para terminar el día.

Subieron a la moto y Raúl condujo de vuelta a la civilización. En la montaña sí se cruzaron con un par de grupos de gente y escucharon música a lo lejos. Debía haber algún concierto en alguna de las salas anexas a los estadios deportivos.

Abrazada a su cuerpo, Mónica era consciente de cada uno de sus músculos entumecidos. ¿Por qué acababa dolorida siempre que tenía sexo con aquel chico? No era la tía más deportista del mundo, pero se mantenía en forma gracias a las clases de pilates y las guardias interminables. Y sin embargo ya notaba ese dulce dolor en su entrepierna. Realmente el tamaño del miembro de Raúl era bastante considerable, pero en ningún momento, cuando lo estaban haciendo, sentía molestia alguna. Más bien todo lo contrario. Aquel leve “dolor” se evaporaba en unas horas, pero parecía anclarse a ella para recordarle lo sucedido, y todo lo que había disfrutado.

CAPÍTULO 9

Mónica había pedido al universo una guardia tranquila aquel miércoles y parece que por una vez, la escuchó y se la concedió. Llevaba casi tres horas en el hospital y solo había tenido que ver a un paciente. No es que las guardias de su especialidad, dermatología, fueran acción pura y dura, pero siempre se dejaban caer unas diez o doce personas durante las doce horas que permanecía allí. Aquel día, sin embargo, iba a ser más tranquilo de lo habitual.

Y le venía fenomenal para asimilar —en realidad “analizar”, pero corramos un tupido velo— su increíble encuentro con Raúl. Se habían despedido a primera hora de la mañana. Apenas tuvieron tiempo de tomar un café juntos en casa, ya que él empezaba a trabajar a las nueve en punto y, como a ella, le esperaba un largo día por delante.

Tal y como había dejado a caer la noche anterior, antes de llevarla a casa en moto, se quedó con ella a dormir. Se le hizo rarísimo estar los dos solos en la cama, sin la presencia de Martín. Al llegar a su apartamento, que él ya conocía, apenas charlaron un rato más. Y en cuanto se tumbaron en la cama se quedaron dormidos, prácticamente al instante.

Por la mañana se despertó entre los brazos de Raúl, con la cabeza apoyada en su pecho, que subía y bajaba con cada respiración. Ese ínfimo movimiento hizo que tuviese uno de los despertares más apacibles de los últimos tiempos.

Antes de marcharse, Raúl recibió un mensaje de Martín. Lo leyó al instante, mientras dejaba que el café se enfriase un poco, y torció el gesto enseguida.

—¿Qué pasa? —le preguntó Mónica, detectando su disgusto.

—Nada. Es Martín. Preguntándome si estoy “in” para el viernes.

—¿”In”?

—Sí. Si nos veremos contigo.

Mónica echó un vistazo a su móvil, abandonado desde ya ni sabía cuándo.

—Pues a mí no me ha enviado nada.

—No. No lo hará hasta que yo le confirme que estoy libre.

Resopló. Y la observó, tratando de adivinar lo que estaba pensando.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó Raúl—. Haremos lo que a ti te apetezca.

Era y no era al mismo tiempo una pregunta trampa. Era honesta, porque él estaba genuinamente interesado en saber si Mónica querría repetir el encuentro a tres bandas, pero también estaba precipitando una decisión que, creía, no podía tomar aún.

No estaba preparada, no para seguir viendo a Raúl a solas. Eso era algo que sí tenía claro. La cuestión era apartar ya a Martín. Estaba confundida. Y podía notar esa misma indecisión por parte de él. Era su mejor amigo, había vivido antes una situación parecida y no tenía ni idea de qué había pasado exactamente entonces.

—No sé. No lo sé, Raúl. Sinceramente. ¿Me dejas un poco de tiempo para aclararme?

Él había mostrado entonces cierta preocupación.

—¿Te refieres a...? ¿No estás segura de si quieres que nos sigamos viendo? Tú y yo solos, quiero decir...

—No, no. Eso sí lo tengo claro. Respecto a Martín, no sé. Tú lo conoces mucho mejor que yo. Lo paso genial con vosotros dos, pero, no sé si precisamente esta semana, después de haber pasado la noche contigo...— de repente se detuvo y midió un poco sus palabras. Mónica siempre se había obsesionado con ser prudente con este tipo de pronunciamientos. Era demasiado pronto.

—...En resumen, no sé si es una gran idea. Tal vez necesite...un pequeño respiro. De todas formas, tendré un fin de semana un poco ocupado. Mi hermano vuelve a la ciudad después de muchos meses en alta mar y quería que nos viésemos para cenar en familia.

—Claro. Entiendo, y no te preocupes en absoluto por Martín. Déjame a mí. Solo dime qué quieres hacer una vez lo sepas.

Mónica se hundió en el sofá de la sala común del hospital, donde se reunía el personal de guardia. A decir verdad, de todos los centros sanitarios por los que había pasado, aquella sala era una de las mejor acondicionadas, gracias sobre todo a las aportaciones de todos los que pasaban por allí y que consideraban que todo el personal de guardia podría beneficiarse de algunos aparatos deportivos, una PlayStation, videojuegos, una mesa de ping-pong un poco destartada e incluso una mini biblioteca.

En aquel momento entraba Lorena, una de las enfermeras con las que coincidía en sus guardias y, con la que de hecho, había trabado cierta amistad. Muchas veces, si no habían tenido una guardia frenética, salían juntas a desayunar a las seis de la mañana del día siguiente. Lorena era algo más joven que ella, tenía unos veintiocho años, y también era bastante reticente a ligar en el entorno laboral, a pesar de que nunca le faltaban propuestas.

—¿Cómo está hoy la doctora Amor? —le preguntó, mientras aguardaba junto a la máquina de café.

Mónica soltó una risita. Y esa era la señal que su compañera interpretaba como un “he triunfado”.

—Uy. Espera. Me preparo un café y me cuentas con detalle. Me alegra que tu libretita siga recibiendo información. ¿Qué tenemos esta vez? ¿Un socorrista? ¿Otro poli?

—¡Calla! ¿Por qué me tienes tan encasillada?

—Te encasillas tú solita, guapa. Pero ya sabes que ese fetiche tuyo me fascina. ¿Quieres un café?

—No, y no sé cómo puedes administrarte esas dosis de cafeína a las...— miró su reloj de pulsera— las ocho y media de la tarde.

—A mí me fascina que pretendas dormir en una guardia.

—Al menos lo intento, ya sabes...

Uno de los celadores entró en la sala, interrumpiendo su conversación. En lugar de salir a la pequeña terraza anexa, el tipo se acomodó en uno de los sillones, desgastadísimos por el uso.

—Buenos días, chicas.

Era un personaje inquietante que siempre saluda con un “buenos días”, fuera la hora que fuese. En el fondo, Mónica estaba encantada con aquellas guardias. A pesar de que poco a poco iba enfocando su carrera hacia la asesoría de productos cosméticos, el principal motivo por el que había comenzado a colaborar con Natalia en Trish Cosmetics, sentía que aquellas jornadas en el

hospital la mantenían en contacto con la esencia de la medicina. No se veía dejándolo a corto plazo.

En todo caso, se alegró secretamente que “Esteban Buenos Días”, que era como lo llamaban, hubiese hecho acto de presencia justo en el momento en que Lorena iba a interrogarla acerca de sus últimas aventuras. No estaba por la labor de contarle nada acerca del asunto Martín-Raúl porque, aunque la enfermera no era una cotilla que lo fuese divulgando todo por el hospital, tampoco tenían una excesiva confianza. Y para ser más exacta aún, no le apetecía hablarle de Raúl a secas, porque ella misma no se veía preparada para trasladar en palabras todo lo que estaba sintiendo en apenas dos días.

¿Se acercaba el final de la cuarta temporada de la Doctora Amor? En todo caso, Lorena entendió que no iba a decir nada con aquél allí delante, y que hablarían en cuanto fuese posible. Le hizo un gesto circular con el dedo, sugiriéndole un “ya hablaremos en otro momento”.

La fama la precedía. Eso era una realidad. El selecto grupo de gente a la que se animaba a explicar sus idas y venidas con los hombres agradecía muchísimo estos cotilleos, especialmente sus (pocas) amigas casadas y con hijos, que vivían como propios cada uno de sus escarceos. Además, ahora que lo pensaba, ¿dónde estaba la dichosa libreta? Estaba casi segura de que la guardaba en uno de los bolsos de Miu Miu (uno de los maravillosos regalos de Natalia, por cierto), que hacía semanas que no utilizaba y que había aparcado al fondo del armario.

Pero Mónica estaba más silenciosa que de costumbre. No tenía demasiadas ganas de hablar de lo que estaba sucediendo. Primero, porque prefería guardárselo para ella misma y ni siquiera estaba muy segura de lo que estaba pasando. Y segundo, porque de repente sentía un cierto vértigo al pensar que lo suyo con Raúl podría llegar a convertirse en algo serio.

No quería ser ingenua. Las cosas no habían empezado de la manera más normal, precisamente. Lo que había empezado como simple diversión, un loco entretenimiento semanal que —se había prometido a sí misma— interrumpiría en cuanto dejase de ser divertido, empezaba a convertirse en otra cosa.

Lo principal era aclararse respecto a una cosa: ¿Quería volver a verlos a los dos al mismo tiempo? Y la verdad; a aquellas alturas, se inclinaba por un SÍ. Primero porque consideraba demasiado repentino y demasiado perfecto para ser verdad aquel interés desmesurado de Raúl. ¿Podía él estar enamorándose de ella? ¿Cabía en serio esa posibilidad?

Sí. Era posible. Pero prefería ir con pies de plomo. Precipitarse nunca le había salido bien.

Y por otra parte, el morbo. Eso era así. No iba a negar la evidencia ante sí misma. El morbo de estar con los dos a la vez. Pero también el morbo de saber que dos de ellos tenían un secreto. Se moría de ganas de experimentar —aunque fuese por una última vez— esa atención exquisita que los dos bomberos le dedicaban.

Una última vez.

De repente, en aquella sala común del hospital, acompañada por el silencio del celador, que en aquel momento leía la prensa deportiva sin prestarle la menor atención, se lo planteó. ¿Cuándo iba a tener en su vida la ocasión de tener sexo, al mismo tiempo, con dos guapísimos bomberos? Probablemente, nunca.

Nunca digas nunca, ya. Pero era una cuestión de probabilidades. ¿Quería privarse ya de la experiencia y sacar a Martín de aquella excitante ecuación? O, por el contrario, podría hacerlo una última vez y darlo todo, y guardarlo en su memoria para siempre.

Una última vez y después concentrarse por fin en Raúl.

Se levantó del sofá de un salto, satisfecha y convencida de haber tomado una decisión. Sí. Quería verlos a los dos de nuevo. No había ninguna necesidad de decirles que aquella sería la última vez. Solo lo sabría ella. Así daría también un poco más de tiempo a Raúl, para preparar a Martín al respecto. Porque tenían que hablar de cómo manejarían aquella situación. Cómo iba a decírselo. Solo necesitaba ganar un poco más de tiempo. Unas semanas.

En aquel momento se encendió la luz intermitente que había sobre la puerta de la sala común y que la avisaba de la llegada de un nuevo paciente. Salió de la habitación de personal, aparcando momentáneamente su dilema amoroso. El mensaje de Whatsapp de Martín, que había hecho parpadear su teléfono, podía esperar hasta que terminase la guardia.

CAPÍTULO 10

Mónica salió del hospital al día siguiente pasadas las seis de la mañana, y eso significaba que el sol aún no había hecho acto de presencia. En el único día de la semana en que pasaba la noche trabajando en el servicio de urgencias de dermatología, lo primero que solía hacer cuando acababa su turno era tomar un café en algún sitio cercano para desperezarse. Solía ir con Lorena o con alguna de las enfermeras con las que coincidía en su turno, pero aquel día no fue posible. Apenas habían podido echar una cabezada, así que las chicas optaron por irse a dormir a casa, para volver a pasar consulta por la tarde.

Ella, en cambio, tenía más o menos el resto del jueves libre. Por la tarde estaría trabajando en casa, dedicándose al papeleo habitual de su consultoría cosmética y, en concreto, ocupándose de los informes que le había pasado Natalia.

Se sentó en la barra de El Café del Paraíso y pidió un *cappuchino* y un croissant. Sacó el móvil del bolso y leyó el mensaje de Martín sin abrirlo del todo, para que él no tuviera la confirmación de lectura:

¿Cómo estás, bella? ¿Nos vemos mañana en mi casa a las 11 de la noche, los tres? Espero que tu semana esté yendo fenomenal. Un beso.

Le cabreó el mensaje. Por varios motivos, y suponía que en el fondo Martín no tenía culpa de ello. Para empezar, había en aquellas frases un exceso de seguridad, como si diera por sentado que ella iba a estar disponible y hubiese bloqueado ya todos los viernes por la noche para ellos dos.

Segundo, ese “los tres” le daba a entender que ya había hablado con Raúl al respecto y que él estaba de acuerdo con verse de nuevo, pero eso no era exactamente lo que habían hablado, ¿no? Sí, de acuerdo, decidiría ella en todo caso, pero no se esperaba un mensaje tan repentino.

Y otra cosa más. Era jueves. Si decía que no, tendrían que entenderlo y no habría lugar a la sorpresa, porque la gente tiene una vida y suele hacer planes para el fin de semana. *Vas un poco tarde, Martín.* Tenía toda la intención de ir a la fiesta que organizaba Natalia, porque estaba convencida de que Juanqui y su madre iban a poder esperar al día siguiente.

Pero, ¿a quién quería engañar? Aquel ligero mosqueo era una cosa, pero no podía negar que se había excitado nada más leer el mensaje. Mónica sentía una curiosidad tremenda y, por qué no reconocerlo, un morbo añadido, ante la perspectiva de hacerlo de nuevo con los dos, consciente de que Raúl y ella tenían un pequeño secreto. Durante la pasada noche, en esos duermevelas típicos de las guardias de hospital, no había dejado de pensar en la perspectiva de estar de nuevo con ambos, una última vez.

La despedida.

Porque eso era aquello: poner el freno de mano antes de que las cosas escaparan definitivamente de su control. Quería ver, por última vez, como Raúl la observaba estando entre

los brazos de otro hombre. Su mejor amigo, de hecho. Y después el camino se bifurcaría en dos: hacer borrón y cuenta nueva, o bien intentarlo con Raúl, si él le correspondía, claro. Algo le decía que sí. Que aquellos últimos encuentros entre ellos, a solas, los había unido un poco. Que él estaba interesado en todas las dimensiones de Mónica, y no solo la más evidente.

Esa mañana no tenía sueño. Mónica se terminó el café y pidió otro sin pensarlo. Las dosis dobles eran bastante recurrentes en aquellos días de trabajo nocturno. No tenía sueño cuando salió del hospital pero después de la dosis doble de cafeína aún tendría menos. Por otra parte tampoco tenía ganas de sentarse en su escritorio y ponerse a trabajar en sus informes cosméticos.

Cogió de nuevo el móvil, buscó el chat que mantenía con Natalia y le escribió:

*Envíame las coordenadas de tu fiesta
y haré todo lo posible por estar ahí. X*

No era demasiado específico y sabía que Natalia protestaría de entrada, pero en ese momento y a esas horas de la mañana no era capaz de comprometerse al cien por cien. En su defensa, tenía la intención de ir, pero se le acababa de ocurrir una locura. En todo caso, esperaría para hablar con Martín.

Mientras desayunaba había sacado su mítica libreta de ligues del bolso y releído las últimas páginas. También había añadido nuevas lecturas a su ebook electrónico. La historia en la que se había metido con Raúl y con Martín había hecho que se olvidase prácticamente del resto de hombres del planeta Tierra en cuestión de semanas. ¿Cuál era la última vez que había tenido una de sus terribles citas? Ya ni se acordaba.

Buscó en las últimas tres páginas escritas (de Raúl y Martín por motivos obvios no había apuntado nada), y estas fueron las anotaciones que encontró en su “querido diario”:

Ray. 28. Trapecista. *De paso por la ciudad, actúa en el Cirque du Soleil y quiere “que le enseñen un poco la ciudad”. Yo no estoy para hacer de guía turística pero mi ilusión desde niña siempre fue ver cómo era un circo por dentro, aunque este ya no tuviese animales. Quedamos un total de cuatro veces, nos acostamos en el tercer encuentro, después de una de sus funciones, a la que, por supuesto, me invitó. Empezó a gustarme un poco más al verlo hacer acrobacias, aunque siempre fui consciente de que aquello no tenía ningún tipo de futuro, y, tal vez, tampoco sentido. Esta fulgurante historia circense se terminó en el momento en que la función del Cirque du Soleil se trasladó a la siguiente ciudad europea que marcaba su exigente gira.*

Pasó a la siguiente página.

Lolo. 42 años (muy bien llevados). *Trabaja en el cuerpo de policía de Mossos d’Esquadra. Esto, ya de por sí, es algo destacable, pues por mi experiencia policías y demás no suelen dejarse mucho caer por mis apps de ligue habituales y cuando lo hacen, lo hacen sin fotos de cara. Lolo en cambio no menciona nada sobre su trabajo en los primeros detalles que leo sobre él, así que fue un encuentro un poco kamikaze. Nos vemos por primera vez en el bar del Hotel Voss y le cuesta decirme a qué se dedica. Cuando por fin consigo sacárselo me entero también de que está recientemente separado y tiene tres (!!!) niños de ocho, seis y dos años. Eso*

me echa para atrás. Nos vemos en un par de ocasiones y, cuando se supone que iba a ser la tercera, le digo que me va a ser imposible. He de asistir a un congreso de dermatología en Pekín.

Siguiente:

***Jordan. 26 años.** Demasiado joven, y eso se le nota. Sé a ciencia cierta que esto va a durar menos que un caramelo en la puerta de un colegio, por ello me relajó enseguida y no le hago demasiado caso. Eso, obviamente, enciende su interés. Jordan es un americano muy millennial, de esos que trabajan en muchas cosas y en nada a la vez. Va con su ordenador portátil por las cafeterías, y teclea incesantemente. Ese es su trabajo. Es alto, rubio, deportista y con pelo largo. Me escribe con frecuencia. Le gustan las mujeres algo mayores que él. Nos vemos seis veces. Detecto que comparte piso y que le gusta demasiado mi bonito apartamento. Deja caer que tal vez podíamos vivir juntos y en ese momento, decido pasar a otra cosa, porque Martín ha vuelto.*

Martín ha vuelto.

Esa era su última frase anotada en aquel loco diario que llevaba a casi todas partes, escondido en el fondo de su bolso. Martín ya había tenido su propia página de anotaciones algunas semanas atrás. Había desaparecido y regresado de nuevo, acompañado de esa excelente sorpresa: Raúl.

En circunstancias normales habría pasado totalmente de él, pero si para seguir viendo a Raúl tenía que tragar también con Martín, por el momento, iba a seguir haciéndolo. Pero después de esa semana las cosas habían cambiado.

Cuando salió de la cafetería ya eran casi las ocho de la mañana. Después de su segundo café, y viendo que no era una buena idea pedir un tercero, Mónica se marchó a casa y se echó un rato en el sofá.

Se despertó a eso de las once y media. Decidió que, lo mejor que podía hacer de cara a despejar su fin de semana de compromisos, era hacerle una visita a su madre. Se dio una ducha rápida y se puso ropa cómoda (pero no excesivamente cómoda, de lo contrario mamá la premiaría con alguna de sus ácidas críticas) y decidió ir paseando hacia el barrio de Les Corts, donde estaba el antiguo piso familiar. Se puso su protector solar, un poco de máscara de pestañas y de tinte labial y salió de nuevo a la calle.

Su madre no estaba en casa cuando llegó, como cabía esperar. Era una doctora jubilada con bastante vida social, incluido un jueves por la mañana, por lo que encontrar su gran piso vacío no era ninguna sorpresa. Mónica entró en la casa con su propia llave. Enseguida llegó a saludarla Boris, el gato exótico de mamá.

El felino se enroscó en sus piernas nada más dejar las llaves junto al espejo del recibidor. Mónica cogió al gato, al que su madre llamaba, increíblemente, “el nietecito”. Ese era un tema aparte. Ni Juanqui ni ella misma estaban demasiado por la labor de tener descendencia, por lo que la posibilidad de que su querida madre se convirtiese en abuela era entre baja y muy baja.

—¿Otra vez solo en casa, Boris? ¿Haciendo de las tuyas?

El animal ronroneó de puro placer. Le encantaba que lo cogieran en brazos, al contrario que al noventa por ciento de los gatos.

Se dirigió al soleado salón después de servirse un vaso de zumo de naranja y se acomodó en el sofá. Le escribió a su madre un mensaje de Whatsapp:

Madre, ¿dónde estás? He venido a visitarte y me encuentro a Boris solo en casa. Manifiéstate. He pensado que tal vez podríamos salir a almorzar juntas.

Era una excelente artimaña para librarse de la cena del viernes o, en el peor de los casos, reprogramarla. La respuesta de su madre no se hizo esperar:

¿Por qué no me has avisado de que venías? Estoy con Charo, desayunando en el mercado. Espérame en casa. Vuelvo en una media hora.

Mónica lanzó el móvil sobre el sofá y encendió la tele mientras esperaba a su madre. Ojalá tener una amiguísima como Charo cuando estuviese jubilada. Podía considerarse un gran objetivo en la vida. Su madre llevaba veintipico años divorciada de su padre y, aunque según tenía entendido a veces salía con señores a cenar, Aurora (así se llamaba la madre de Mónica) no tenía la menor intención de aguantarlos en casa. Y en eso se parecía bastante a su hija. Su amiga Charo estaba en una situación parecida. Se veían casi todos los días y eran *best friends* total. Al final, eso es lo que cuenta, ¿no? Hacía tiempo que su madre había dejado de sacarle el tema de los hombres después de su separación de David. Y, la verdad, era de agradecer.

Aurora era una señora muy moderna, pero le daría un síncope si se enterase de todo el asunto del trío, por supuesto.

En aquel momento el teléfono vibró de nuevo. Era Natalia, enviándole hora y sitio (el enorme apartamento en el que vivía Álvaro, su nuevo novio, muy cerca de la playa), y protestando un poco por su poca concreción.

Antes de que su madre abriese la puerta y Boris saliese disparado a recibirla, Mónica envió un último mensaje de texto de forma un poco impulsiva, en esta ocasión a Martín. Tuvo la corazonada de que aquella sería una de las últimas veces que se comunicaría con él a través de mensaje:

Todo bien :) Sobre el viernes: tengo que ir a una fiesta de cumpleaños. Puedo llevar acompañante. ¿Qué te parece si venís los dos conmigo y empezamos la noche allí? Prometo que será divertido.

Guardó definitivamente el teléfono en el bolso y salió al pasillo a recibir a la señora Aurora y concentrar toda su atención en ella para contrarrestar su más que probable desaparición del próximo fin de semana.

CAPÍTULO 11

Mónica apenas fue consciente de las horas que transcurrieron entre el momento en que se despidió de su madre el jueves, en la puerta del Restaurante La Baclava, hasta el mediodía del viernes, momento en solía servirse un vermut después de ver al último de sus pacientes. Oficialmente quedaba inaugurado el fin de semana, y, por si fuera poco, era viernes.

Viernes.

Desde hacía un mes los viernes habían cobrado una nueva dimensión. Era el día en que abría los ojos, estirada en el centro de la cama, y extendía sus brazos a izquierda y derecha, ya excitada ante la perspectiva de lo que iba a suceder esa noche.

Su madre se había tomado bastante bien lo de posponer la cena con Juanqui, tras una tímida protesta por su parte. Mónica le propuso almorzar los tres juntos el domingo en lugar de la cena del viernes por la noche. Sorprendentemente, dio el visto bueno al nuevo plan, pero no iba a dejar escapar con tanta facilidad la preguntita de marras a su hija: *¿Tienes una cita con un hombre y no me lo quieres contar? Es eso, ¿verdad?*

Mónica no había querido entrar en detalles, pero dicen que quien calla otorga, así que su madre aceptó no seguir husmeando en sus planes del viernes por la noche, y sonrió con un gesto de aprobación cuando le contestó que, en realidad, la habían invitado a una fiesta de cumpleaños. Cosa que para colmo era cierta.

—Haces bien en divertirte, hija. Yo, por desgracia, me he soltado tarde —le había dicho, pasando a otro tema a continuación.

Después de despedirse de su madre había enviado un mensaje a su hermano Juan Carlos para comunicarle el nuevo plan; que finalmente se verían en un clásico encuentro de domingo a mediodía, como el resto de mortales hacía con el fin de mantener cohesionados ciertos lazos familiares.

Su hermano le contestó al cabo de un par de horas desde su barco con un simple *OK*, y dio el asunto por zanjado. Un problema menos.

Finalmente en la tarde del jueves trabajó un poco en casa y después se puso una minifalda vaquera y salió para comprar una bandeja de su sushi favorito y un pack de latas de coca cola zero, una de sus antiguas adicciones, a la que volvía recurrentemente. Después regresó a casa y preparó su solitario pícnic; acompañado de unos capítulos de Las Chicas Gilmore.

Antes de irse a dormir aquella noche recibió un nuevo mensaje de Martín:

Está bien. Puede ser divertido. Te acompañamos un rato a la fiesta y luego...preparate, porque te vamos a devorar. ¿Pasamos a buscarte por casa a las diez?

No sonaba demasiado entusiasmado con lo de la fiesta pero ella se estremeció de puro placer con solo leerlo. Lo cierto era que, ahora que se acercaba el momento de aquel ¡cuarto! encuentro, sus ganas iban *in crescendo*. ¿Realmente había decidido que aquella iba a ser la última cita entre ellos tres? ¿Era tan fácil decidirlo así, siendo consciente de lo mucho que disfrutaba con ellos?

Confirmó su cita a las diez en punto y se fue pronto a la cama. Durmió de maravilla esa noche.

Y el viernes estaba allí, celebrando que empezaba el fin de semana, mirando de reojo el teléfono y preguntándose por qué no había tenido noticias de Raúl desde hacía un par de días. La cuestión es, siempre, tener algo que analizar y a lo que dar vueltas. Era complicado para Mónica relajarse, sí.

Martín había hablado en todo momento en plural, por lo que cabía esperar que allí estarían los dos, esperándola a las diez en punto cuando bajase a la calle. Pero tampoco estaba cien por cien convencida. ¿Qué sucedería si se encontraba solo con Martín? Empezó a fantasear con esa idea mientras se arreglaba por la tarde para salir con una fantástica camisa de Hugo Boss que no recordaba que tenía, unas medias tal vez demasiado ligeras para las alturas del otoño en que se encontraban y unos botines de piel. Se recogió el pelo en un moño desordenado que le favorecía muchísimo. Sabía el efecto que provocaba en Martín y Raúl cada vez que lo deshacía y dejaba caer su larga melena oscura sobre su espalda.

Esa noche había escogido un conjunto de ropa interior precioso de Intimissimi. Hacía unos meses que había resucitado su interés por la lencería, y era algo que disfrutaba comprando todos los meses. Aquella noche se excitó solo con ponérsela y mirarse al espejo. Por un momento pensó en saltarse la fiesta de Natalia y pedirles a ambos que la llevaran a casa y follasen durante toda la noche.

La fantasía y esa incipiente inquietud duraron poco, porque a las diez en punto, después de una cena ligera y de darse los últimos retoques, Natalia bajó en tropel por la escalera de su edificio para encontrarse a Raúl y Martín bajo su casa, esperándola en el coche de este último. Raúl estaba en el asiento del copiloto y Martín había bajado del vehículo, tras dejar encendidas las luces de posición, y la esperaba de pie junto a una de las puertas traseras como si fuese un fiel mayordomo.

Le echó un vistazo nada más verlo y se preguntó si no se estaba equivocando al “escoger”. *Qué burra, Mónica*, pensó. Estaba muy guapo y eso que solo llevaba unos vaqueros y una camiseta de color gris jaspeado. Sin más. En cuanto se acercó le dio un beso en la mejilla. Él sí que sabía mantener la distancia con sus labios.

—Guapísima, como siempre. Nos tienes un poco intrigados con este plan repentino —le dijo—. Pero ya sabes que nos fiamos de ti. ¡Veamos a dónde nos llevas!

—Bueno, ya conocéis a Natalia —le dijo, mientras subía al coche—. Seguro que ha organizado algo divertido.

Ansiaba acomodarse en el asiento trasero, entre los dos, y así encontrarse con la mirada de Raúl lo antes posible. Subió al coche y lo encontró sorprendentemente limpio. Y olía genial. Sin duda Martín se había empleado a fondo.

Observó la mirada de Raúl a través del espejo retrovisor y, dado que él no se giraba para saludarla, Mónica se asomó entre los asientos para darle un cariñoso —amistoso— beso en la mejilla izquierda.

—¿Qué tal estás?

Media sonrisa se dibujó en el rostro de él.

—Muy bien. ¿Qué tal tu semana?

—Algo liada, como siempre. He andado de arriba a abajo.

Podían haber aprovechado esos segundos que tardaba Martín en dar la vuelta al coche y acomodarse de nuevo tras el volante para tocarse un poco más de la cuenta, pero él estaba algo distante. Mónica lo captó enseguida y aquello la contrarió un poco. ¿Había cambiado Raúl respecto a su deseo de verse a solas? ¿O simplemente actuaba como si no sucediera nada delante de su amigo? Pronto lo sabría.

Como todos los viernes por la noche, la ciudad estaba de lo más animada. A pesar de ser las diez pasadas, los restaurantes y bares hervían de actividad, y los grupos de gente esperando a entrar se amontonaban a las puertas de los locales. Los taxis pululaban por las calles recogiendo y dejando pasajeros y las luces en los edificios salpicaban a algunas de las ventanas.

Mónica se relajó en el asiento trasero del coche y observó la ciudad. Algo que le encantaba hacer por las noches era desviar su mirada hacia el piso principal de los edificios, el más cercano a la calle. Si la luz estaba encendida y su habitante no se había preocupado demasiado por poner cortinas, podía entrever cuadros, lámparas y estanterías de libros, y encender su imaginación acerca de quién vivía allí y de cómo eran sus rutinas.

Martín interrumpió sus ensoñaciones. El trayecto en coche hasta la dirección que les había indicado Natalia duraba unos quince o veinte minutos, ya que estaba en el extremo casi opuesto de la ciudad y había bastante tráfico.

—¿Qué tal está Natalia? Explícanos un poco. Entonces, la fiesta a la que vamos, es la del tipo aquel con el que salió del restaurante, dejándonos tirados con el postre?

—Sí. Álvaro. Su novio *skater*.

—¿Su novio? ¿Entonces ya es oficial? —Martín tenía ganas de cotillear.

—Eso parece, sí. De hecho ha pasado casi un mes de aquel día, ¿no? Apenas la he visto. Solo por temas de trabajo.

Martín le echó un vistazo a través del espejo retrovisor. Raúl permanecía en silencio.

—Vaya, Raúl. ¿Has oído eso? ¡Me temo que vas a tener que descartarla! —dijo, soltando una carcajada.

En ese momento Mónica lo odió un poco, aunque esperó unos segundos para ver la reacción de Raúl. Si embargo, este no contestó, o al menos no lo hizo con demasiada convicción. Dios, qué comentario tan inoportuno. Pero no podía negar que se estaba divirtiendo con todo aquello.

—Sí, Natalia quedaría descartada en este momento —aseguró ella—. Hacía tiempo que no la veía tan interesada por alguien.

—¿Y dices que el tipo es *skater*?

—Exacto, se gana la vida con negocios que tienen que ver con él subido a un monopatín. No conozco muchos detalles, pero me da que le va bastante bien. Tiene...¿cómo se les llama?...*sponsors*, trabaja con marcas, colabora con tiendas de ropa y artilugios para monopatines, hace vídeos... Ese tipo de cosas.

Había estado a punto de soltar que sin duda Álvaro era un partidazo, pero se abstuvo por completo, para no ejercer un agravio comparativo con los dos bomberos a los que, a decir verdad, tampoco les iba nada mal en la vida. Y además salvaban vidas de gente, cosa que a Mónica le ponía muchísimo.

Raúl permaneció en silencio durante todo el trayecto hasta Poblenu, el barrio en el que

vivía Álvaro. No podía decirse que lo conociera a fondo, ni mucho menos, pero Mónica intuía que algo no andaba bien con él. Entre ellos apenas habían interactuado desde que había subido al coche. ¿Habrían discutido antes de pasar a buscarla por casa?

Se arrepentía de no haber hablado con él tras aceptar la propuesta de verse de Martín. Tendrían que haberse asegurado ambos de que aquel cuarto encuentro era justo lo que querían. Lo pasaban bien los tres sí, pero, ¿hasta qué punto estaban entorpeciendo lo que habían empezado a construir en solitario? Y, al mismo tiempo, ¿en qué momento estaban empezando a ser del todo deshonestos con Martín?

Esas eran las sospechas de Mónica. Intuía que las cosas no iban por ahí. Se apoyó entre ambos asientos delanteros y sintió los rostros de ambos cerca mientras esperaban a que el último de los semáforos les mostrase la luz verde. Entonces Martín soltó el embrague y desplazó su mano derecha del freno de mano a su rodilla. Y al cabo de dos segundos, Raúl hizo exactamente lo mismo: puso su mano izquierda sobre la rodilla derecha de Mónica. Ella sintió una pequeña explosión en algún lugar de su estómago. *Pase lo que pase todo saldrá bien*, se dijo a sí misma.

Aunque sin estar convencida del todo. Corrigió su último pensamiento rápidamente:
Pase lo que pase, espero que todo salga bien.

CAPÍTULO 12

Natalia estaba resplandeciente. El amor le sentaba fenomenal. En cuanto les abrió la puerta, como buena anfitriona, se lanzó a los brazos de su amiga Mónica. Ahora que lo pensaba, tal vez hacía demasiado tiempo que no se veían para hablar de sus cosas, y era necesario poner remedio a eso urgentemente.

Para ser exactas, no le había advertido que iría con Martín y Raúl a la fiesta. Es decir, le había dicho que se presentaría allí acompañada, pero sin entrar en detalles. Sabía que Natalia empezaría enseguida un interrogatorio vía Whatsapp y, la verdad, ni ella misma sabía cómo explicarle la tormenta de sentimientos que la estaba azotando últimamente. En todo caso, y aunque supo que estaba alucinando por verla llegar con su pequeño harén de bomberos (¿puede llamarse ya harén si son solo dos?), Natalia fue lo suficientemente discreta y buena actriz como para disimular su sorpresa y no hacer ninguna pregunta impertinente.

—¡Pasad, por favor! —les invitó enseguida —¡Voy a traer a Álvaro y os lo presento!

El piso era alucinante, casi el doble de grande que el de Martín, que ya era casi como una tercera residencia de la realeza. Estaba en un edificio de reciente construcción en una de las zonas más nuevas de la ciudad, donde se agolpaban la mayoría de oficinas de empresas tecnológicas. Tenía un balcón que era prácticamente una terraza, debido a su amplitud, y rodeaba casi toda la superficie del salón en dos de sus aristas.

La fiesta ya hacía rato que había empezado y debía haber por allí unas treinta personas. Mónica echó un rápido vistazo para ubicarse. También revisó discretamente los muebles, ya que la decoración era una de sus grandes pasiones.

Aquel chico tenía un gusto exquisito, eso era innegable. Esperaba encontrarse tablas de *skate* colgadas en la pared y una bici apoyada en alguna pared del salón, y, la verdad, todo lo contrario. La decoración era bastante minimalista, sí, pero tenía detalles interesantes por todas partes. Y libros. Oh, sí, el monopatín también leía. Y a juzgar por la sonrisa perenne de Natalia seguro que hacía bien muchas más cosas, aunque ella jamás hablaba de sexo. Había que sacárselo siempre todo con sacacorchos.

—Chicos, podéis servirlos vosotros mismos lo que queráis. En esa mesa encontraréis bebidas. Y creo que queda algo de comer. ¡Pensé que vendrías antes! Pero si tenéis hambre puedo preparar algo más rápidamente...

Mónica se agarró del brazo de su amiga y la apartó disimuladamente, mientras Raúl y Martín le aseguraban que ya habían cenado.

—¿Quieres beber algo, Mónica? —preguntó Martín—. Te lo preparo.

—Un gin-tonic, por favor, pero muy suavcito.

—Está hecho.

Los chicos se perdieron hacia el fondo del salón entre la maraña de conversaciones, y Mónica se quedó a solas con Natalia.

—¿No ibas a presentarme a tu hombre?

—¡Eso puede esperar! ¿Puedes explicarme qué está pasando aquí?

—No te importa que haya venido con los dos, ¿verdad?

—¡Ya sabes que no, no lo digo por eso!

Natalia condujo a su discolora amiga hasta la cocina, que en aquel momento estaba desierta, lejos de oídos indiscretos.

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado en las últimas semanas? ¿Has seguido viéndote con los dos? Los dos a la vez, quiero decir.

Mónica resopló. Se llevó las manos a las sienes, masajeándolas suavemente y tratando de ordenar sus pensamientos a la velocidad de la luz.

—Solo nos vemos los viernes. Los tres juntos, quiero decir. Por algún motivo todos hemos asumido que esto ya era una especie de cita recurrente. Y bueno, no sé qué ha pasado exactamente. Solo nos estamos dejando llevar...

—¿Dejándote llevar? ¿Tú? ¿Qué ha pasado con la antigua Mónica? La reina del control.

De repente sintió que necesitaba un poco de aire fresco. Se llevó a Natalia a la galería que había al fondo de la cocina, donde una ventana permanecía abierta de par en par. Bajó un poco más el tono de voz.

—Está bien. Voy a resumir mucho. Me gustaría contarte más pero ni yo misma de podido asimilar muchos detalles. Nos hemos visto los tres últimos viernes y hemos acabado liados. Los tres. ¿Recuerdas la noche en que salimos a cenar contigo y te hablé de Raúl en el baño?

—Sí.

—Me sigue gustando. Más de lo normal.

—¿Qué? Pero Mónica, te estás escuchando, ¿verdad? Tienes que echar el freno con esta situación.

—Espera, espera...Eso no es todo. Esta semana hemos quedado, solos él y yo.

—¿Y Martín lo sabe?

Mónica negó con la cabeza.

—El lunes vino a buscarme al trabajo y fuimos a comer juntos. Y al día siguiente por la noche dimos una vuelta en su moto y...

—¿Y...?

—Bueno, nos liamos. Mucho.

—¿Los dos solos?

—Exacto.

—¿Y qué vas a hacer?

—No puedo decirte que no lo sé, porque cada día me va quedando más claro que me interesa Raúl. Mucho. Y que me encantaría estar a solas con él. Por eso me había prometido a mí misma que esta iba a ser la última noche de...

—...De trío.

—Sí.

—¿Y él también está de acuerdo? Pero a ver, Mónica...alucino. ¿Esto ya lo habéis hablado tú y él?

—No hemos tenido ocasión, si te soy sincera. Es Martín quien ha estado organizando nuestros...encuentros. Lo único que me ha dicho Raúl respecto a vernos hoy era que decidiese yo. Que haríamos lo que a mí me apeteciese.

—¿Pero entonces? —una sonrisa irónica se dibujó en el rostro de Natalia— ¿lo de esta noche es una despedida?

Mónica dejó escapar una risita.

—Algo así. Sí.

Natalia la miró con cara de circunstancias.

—Ya. Ya sé lo que estás pensando. Y sí, tengo que parar la situación, pero es que...

Se levantó de un salto del taburete en el que se había acomodado.

—Según me ha insinuado Raúl, no va a ser tan fácil como parece. Va a ser complicado de entender para Martín, y tenemos que encontrar el mejor momento para, bueno...salir del trío.

La conversación era surrealista y apasionante a la vez.

—¿Complicado de entender? ¿Por qué?

Se acercó un poco más a Natalia y bajó aún más el tono de voz, a pesar de que seguían estando solas.

—Es que no es la primera vez que están en una situación parecida. Ya hubo otra chica antes. Una tal Magda.

—¿Te refieres a una chica a la que veían los dos a la vez?

—Exacto.

Natalia resopló.

—Mónica, ¿estás segura de que te quieres meter ahí? No sé. Me parece todo demasiado complicado. Y sé que lo fácil nunca te ha atraído especialmente...pero tengo que prevenirte. Ojalá salga todo bien.

—Sé lo que quieres decir, y créeme que ya he pensado en todo eso en los últimos días. Pero me fio de lo que percibo estando a solas con Raúl. Me ha dicho claramente que le gustaría que siguiéramos viéndonos él y yo. Aunque esta noche está un poco raro, por cierto.

—Es que la situación es rara. Pero dime, ¿te han contado algo sobre la tal Magda?

—No mucho, y créeme que me encantaría saber más. Pero solo ha mencionado el tema Raúl. Y la cosa, al parecer, no acabó bien. Ella desapareció.

—Qué sorpresa.

—No, no. Me refiero a que desapareció literalmente. Tenía una tienda de flores y mantenía una relación a tres bandas con ellos. Un día, sin más, decidió cerrar la tienda, largarse de la ciudad y poner tierra de por medio. Y no volvieron a saber nada de ella. Ni siquiera se despidió.

Los ojos de Natalia se abrieron como platos ante semejante revelación.

—¡Pero qué me dices!

—Ojalá pudiera averiguar más, pero con esos mínimos datos no he podido tirar más del hilo.

Natalia respiró profundamente, y, con un gesto, le pidió que regresaran de nuevo a la cocina.

—No sé, Mónica. Mi opinión sincera: haces bien si de verdad tienes la intención de pararlo todo esta noche para centrarte en Raúl. Ojalá salga bien. Lo de esa otra chica no son muy buenas noticias, pero...

—...Sé lo que estás pensando. Eres la única persona a la que le he contado todo esto. Y créeme que soy la primera que espera que todo sea más fácil en breve. Pero, como decías, me he planteado que esta noche fuese una especie de...despedida.

—Y ellos no lo saben, ¿no?

—Imagino que Raúl lo intuye.

—Pero no debería ser tan difícil, ¿no? Creo que en este caso es cosa de Raúl. Debería hablar en privado con su colega y decirle que no quiere compartirse más.

Mónica suspiró. Natalia era la tía más práctica del planeta Tierra.

—No lo sé. Aún no los conozco a fondo. Y recuerda que primero conocí a Martín, y estuve con él. No sé exactamente qué tipo de amistad tienen entre ellos, ni cuál es su grado de confianza, pero son amigos desde hace muchos años.

—En fin, decidas lo que decidas... ¡manténme al día de cómo evoluciona la cosa, por favor! Yo estoy a punto de convertirme en una aburrida señora casada, así que tú eres la única que puede mantener el pabellón bien alto.

—¿Casada? ¿Me he perdido algo?

Natalia se rio.

—No, mujer. Es una forma de hablar. Pero sí veo que las cosas se van afianzando relativamente rápido.

—Por favor, pero cuéntame tú qué tal... ¿Cómo van las cosas con Álvaro? Imagino que de lujo, ¿no? Porque la fiesta de hoy es tu presentación en sociedad, ¿no?

—¿Por qué hablas de repente como una persona del siglo dieciocho? Y no, es solo su fiesta de cumpleaños. Le daba un palo horroroso organizar nada y me ofrecí voluntaria.

—¡No cambies de tema! Explíquese ya, *milady*. ¿Estáis ya viviendo juntos en esta pedazo de mansión?

—¡Por supuesto que no!

—Pero todo es ya bastante oficial entre vosotros, ¿no?

Natalia se encogió de hombros, pero su sonrisa y el brillo que desplegaban sus ojos no dejaban lugar a dudas.

En ese momento, Álvaro entró en la cocina.

—La famosísima Mónica, ¿verdad? Por fin te conozco, doctora. Natalia no para de hablar de ti, y de cómo tenéis que retomar en breve una de vuestras salidas nocturnas.

Mónica se acercó a Álvaro y le dio los dos besos de rigor. Dios, ¡era altísimo! Y a pesar de que ya lo había divisado aquella noche en el restaurante del que Natalia huyó, lo cierto es que era tremendamente atractivo.

—Me encanta tu casa —le dijo—. Y sí, tenemos que salir pronto, Natalia. No podemos convertirnos ya en señoras.

—He estado charlando con tus colegas —le dijo Álvaro.

Lo miró, interrogante.

—Con los que has venido —aclaró él.

Mónica tragó saliva. Podía confiar en la discreción total de Martín y Raúl, pero ya se sabe cómo son las parejas y lo ávidas que están de cotilleos del mundo exterior en esas noches de mantita y Netflix. ¿Le habría contado algo Natalia a Álvaro acerca de su “relación especial” con los bomberos?

Siguieron al anfitrión de vuelta hasta el salón, cargadas con las dos últimas bandejas de tentempiés que quedaban en la cocina. Por el pasillo, Natalia se giró y le susurró:

—No te preocupes, no le he contado nada sobre lo vuestro...

La fiesta se animó en cuanto uno de los amigos de Álvaro decidió que la selección musical era demasiado aburrida y era hora de animar la velada. Mónica vio cómo Raúl y Martín permanecían algo aislados en la terraza, charlando entre ellos. No le quitaban el ojo de encima. Salió a su encuentro.

Raúl seguía estando un poco más callado de lo habitual. Pensó que ojalá se quedase solo un momento para preguntarle si todo estaba bien. Se acercó a ellos y los tres observaron el alboroto del interior del piso. Se apoyaron en la barandilla del balcón. Desde el lugar exacto en el que se encontraban podía apreciarse un resquicio del mar, aunque la noche no permitía ver con claridad

el ir y venir de las olas. Lo que sí llegaba hasta ellos era el olor a sal y el rumor tranquilo del Mediterráneo.

La noche no era cálida en absoluto y sus chaquetas habían quedado enterradas bajo una montaña de ropa sobre la cama del cuarto de invitados de Álvaro. Pero Mónica no tenía frío. Todo lo contrario. Una alarma saltó en aquel preciso instante en el reloj digital de Martín. Las doce en punto.

—La hora bruja —dijo Raúl.

Estaba entre los dos, de espaldas a la fiesta de cumpleaños. En contacto con los poderosos brazos de ambos.

Martín se acercó demasiado a su oído y le hizo una pregunta a la que no iba a poder negarse, debido a la reacción química que le provocó.

—¿Salimos ya de aquí y vamos a mi casa?

CAPÍTULO 13

Salieron de casa de Álvaro prácticamente de uno en uno y sin despedirse de nadie, excepto Mónica, quien por supuesto avisó a Natalia de que iban a desertar con disimulo. Se deslizaron hasta el cuarto de invitados con la urgencia ya instalada en el cuerpo, para buscar sus chaquetas. Por suerte, no había nadie por allí para preguntarles si ya se marchaban.

—Nos vamos —susurró Mónica en el oído de su amiga.

Natalia se rio. Tenían un código muy bien consensuado para largarse de fiestas y eventos con toda la discreción del mundo. Hacía siglos que habían pactado que ninguna de las dos insistiría a la otra para quedarse, simplemente avisaría de que estaba a punto de desaparecer. Y aquel protocolo siempre les había funcionado a las mil maravillas.

—¡Un momento! —contestó Natalia, dándose por enterada aunque con algunos “peros” al respecto de aquella huida en particular—. ¿Está todo bien, no? ¿Seguro?

—Sí, todo fenomenal, mamá.

—Prométeme que nos vemos un día esta semana y nos ponemos al día como Dior manda: delante de unos margaritas.

No podía prometer nada, pero le dijo que sí.

—Te llamaré y te buscaré para concretar, ¿de acuerdo? —insistió Natalia.

El trayecto en coche hasta casa de Martín transcurrió más o menos en silencio, solo interrumpido por algunos comentarios puntuales de los chicos —más bien de Martín—, hablando sobre la fiesta o los grupos alborotados de transeúntes que paseaban por las calles, más desiertas a cada minuto que pasaba.

—¿No os da la sensación —preguntó Martín— de que la gente ya no sale tanto como antes? Son las doce de la noche de un viernes y las calles ya están prácticamente vacías.

—¿A qué te refieres? ¿A la gente de nuestra edad? —preguntó Raúl.

—No, a todo el mundo.

Mónica se rio. No era la primera vez que tenía esta conversación.

—Vosotros tenéis esa fantasía de que la gente sigue yendo a discotecas, pero eso es algo muy de los noventa. ¿Os acordáis de cuando teníamos veinte años y lo pasábamos mal si algún finde no salíamos?

—¡Ya ves si lo pasábamos mal! Aunque eso no me pasaba muy a menudo.

—En mi caso sucedía casi siempre, porque apenas pisaba la calle de noche —dijo Mónica—. Me pasaba la vida estudiando. Pero os digo una cosa; hablo de vez en cuando con gente joven...pienso por ejemplo en las chicas que trabajan en la oficina de Natalia, y lo cierto es que no salen tanto. No como salíamos hace quince años, por descontado. No le hacen ascos a pasarse la noche del sábado en casita viendo una serie y pegados al Whatsapp.

—¡Qué dices! —exclamó Martín—. Pensaba que eso era algo que solo hacíamos los que

estamos casi jubilados.

—En absoluto. Es decir, salen, pero no todas las semanas, como hacíamos nosotros.

Mónica pensó por unos instantes en cómo sería salir todas las semanas en el momento presente, teniendo en cuenta el poquísimos dinero que manejaba cuando era una aplicada estudiante de medicina. He ahí otra de las razones para plantarse en el sofá un viernes por la noche.

El recorrido hasta casa de Martín se le hizo eterno. En ese momento había sido una sabia decisión, pensaba Mónica, no haber bebido apenas en la fiesta de Natalia. Quería estar bien despierta, quería observarlos y desplegar al máximo sus cinco sentidos.

Llegaron al parking donde Martín guardaba su coche. Según les había dicho, apenas lo sacaba de allí, ya que al igual que Raúl tenía una moto que utilizaba para ir a la estación de bomberos, que estaba dentro de los confines de la ciudad.

Raúl abrió la puerta trasera del vehículo y aguardó a que Mónica bajase del coche. Su mirada la abrasó.

—¿Estás bien? —susurró Mónica.

Pasó una mano por su cintura y la atrajo hacia sí. Martín estaba a cierta distancia de ellos, con una rodilla sobre el asiento del conductor, revolviendo en el salpicadero del vehículo.

—Sí. Solo que tengo ganas de quitarte la ropa —murmuró Raúl—. Ahora mismo me parece que llevas demasiada.

Mónica soltó una risita. Se relajó enseguida y dejó que el delicioso aliento del bombero se pasara por la superficie de su cuello. Se sentía ligera como una pluma entre sus enormes brazos. Se dirigieron al ascensor del parking del edificio, que les conduciría directamente al séptimo piso, el ático, en el que vivía Martín.

El parking estaba tan solitario a esas horas de la noche que no le hubiera importado hacerlo ahí mismo con ellos. Se sonrojó con la sola idea de tener sexo en aquel aparcamiento. ¿Qué le estaba pasando? Sin duda en esta idea había tenido mucho que ver la experiencia del martes con Raúl, en aquel mirador.

No fue en el parking, pero las cosas empezaron a calentarse ya en el ascensor. Uno a cada lado, empujaron suavemente su rostro hacia el enorme espejo de cuerpo entero y empezaron a lamer su cuello muy despacio, uno a cada lado. Martín la cogió de la cintura y desplazó su cadera hacia atrás. Introdujo su mano entre las piernas y la acarició para comprobar, como no podía ser de otra manera que ya estaba muy húmeda.

—¡Parad, parad! —dijo, tratando de zafarse de las irresistibles manos de ambos—. Esperamos a llegar arriba.

Sorprendentemente, la obedecieron, y eso ayudó a que su respiración volviera a acompañarse. Al llegar a la última planta del edificio, Martín se adelantó a ellos para abrir la puerta de casa. Fue entonces cuando Raúl la abrazó y la besó de una forma muy distinta a como lo había hecho delante de su amigo y durante unos segundos más de lo debido, dada la situación. Notaron la mirada escrutadora de Martín ya desde el recibidor de casa, invitándolos a pasar.

No hubo ningún tipo de preámbulo, y Mónica lo agradeció, porque no tenía nada que decir. Quería perderse en los brazos de Raúl una vez más, pero iba a tener que hacer un último esfuerzo para ser consecuente con su decisión. Avanzaron a trompicones hasta el dormitorio. Ni siquiera fue consciente de cómo la iban desnudando hasta quedar en pie, junto a la cama, solo con

la ropa interior puesta.

Raúl se colocó tras su espalda. Ella apoyó los hombros en su pecho y echó la cabeza hacia atrás. Eso le ofrecía a él un acceso instantáneo a su cuello, a sus pechos y a su nuca. Martín no estaba dispuesto a perder ni un segundo. Se arrodilló delante de ella y le bajó las braguitas con urgencia. Después introdujo su lengua entre sus piernas. Las rodillas empezaban a flaquearle y se apoyó aún más en Raúl, que prácticamente la sostenía en volandas. Gimió con intensidad cuando estaba a punto de alcanzar el primer orgasmo de aquella noche, aunque ya en el ascensor había estado a punto.

—Espera, para. Tranquila... —dijo Martín—. Todavía no.

Se desplazaron los tres como un bloque compacto hacia una de las paredes del dormitorio. Raúl se apoyó en el muro de ladrillos y se desabrochó el pantalón, que dejó deslizar hasta la rodilla. Mónica lo encaró y, siguiendo su instinto, incapaz de tomar ninguna decisión más que seguir lo que le dictaban sus manos y su boca, se inclinó para tomar su miembro endurecido entre sus labios. Él gimió en cuanto su lengua rozó mínimamente su polla.

Martín desabrochaba en aquel momento su sujetador y lo lanzaba a algún lugar del dormitorio, mientras volvía a perderse de nuevo con la lengua entre sus nalgas, desde atrás. Notó cómo la penetraba con la lengua y aquello la volvió loca. Hubiera gritado de puro éxtasis si no fuese porque tenía la boca bien ocupada.

Los gestos rápidos y concurrentes de Martín con la lengua le decían que estaba excitadísimo. No pasó ni un minuto hasta que él, ya de pie, empezaba a penetrarla muy despacio. Unos segundos antes había escuchado el sonido de cómo rasgaba la funda de un preservativo. Sus sentidos crecían y se expandían, se sentía capaz de escuchar absolutamente todo, hasta una aguja cayendo al suelo en el otro extremo de la casa.

A partir de ahí, con Martín follándola sin pausa ni compasión, Mónica perdió un poco la noción del tiempo y de la secuencia de movimientos. Siguió lamiendo el miembro de Raúl, que la observaba embelesado, disfrutando ante las embestidas de su amigo.

En un momento, sus miradas inflamadas de deseo se cruzaron. *Dios, ¿qué estamos haciendo? ¿Es esto lo correcto ahora? ¿Vamos a ser capaces de echar el freno precisamente ahora?*

Se movieron los tres despacio hacia la cama. Raúl quedó tumbado y Mónica, encima de él, seguía aplicándose al máximo con sus labios y su lengua, mientras Martín era incapaz de separarse de ella y seguía bombeando, incansable. El placer que le estaba dando era simplemente indescriptible, así que dejó que la imbuyese por completo. En aquellos microsegundos en los que Mónica lograba reunir algo de lucidez, observaba alucinada como las pieles de ellos apenas se tocaban. Se esquivaban mutuamente, como si siguieran con su estudiada coreografía.

De repente notó como la mano derecha de Raúl jalaba con fuerza su melena oscura. Estaba a punto de correrse. Aquello la sorprendió. No solía hacerlo antes de intercambiar posiciones con Martín. Y acto seguido no hubo lugar a dudas: notó el líquido caliente y viscoso de Raúl deslizándose por su garganta. Ella, lejos de apartarse, bajó aún más los labios, en dirección a su pelvis.

Aquella visión hipnótica fue demasiado para Martín, que lo siguió en apenas unas segundos. Sincronizada al cien por cien con él, Mónica se incorporó sobre sus rodillas y echó el cuerpo hacia atrás. Martín la rodeó con los brazos sin salir de ella e, instantáneamente, llevó sus dedos hacia su clítoris, que empezó a frotar con suavidad. Aquello fue ya demasiado para ella. Se perdió en su propio grito y, acto seguido, cayó desplomada entre los brazos de Raúl.

Recordaba poco de lo que sucedió desde ese primer e intenso orgasmo hasta que finalmente se durmieron, aproximadamente dos horas después, pero sí que el silencio que se extendió entre los tres fue más prolongado de lo habitual. Raúl empezaba a bostezar y Martín contaba anécdotas poco relevantes. ¿Eran los tres conscientes del declive de aquella relación a tres bandas y ninguno iba a hablar abiertamente del tema? En todo caso, allí, desnudos en la cama de Martín, no iba a tener lugar esa conversación. De eso podía estar segura.

Se tumbaron sobre el colchón. Mónica entre los dos bomberos, como ya era habitual. La mano de Martín sobre su estómago. Raúl casi dormido, de costado, encarándola pero con un pequeño abismo de varios centímetros entre ellos.

Alguien apagó la luz y se durmieron plácidamente. Cuando los primeros rayos de sol se asomaban por la ventana, Mónica abrió los ojos.

Raúl no estaba en aquella cama.

CAPÍTULO 14

Hacía tiempo que Mónica no recordaba sus sueños. De hecho lo primero en lo que solía pensar nada más despertarse era en todo lo que tenía que hacer ese día en cuestión. Pero esa mañana de sábado recordaba a la perfección lo que había vivido durante esas horas de penumbra, más que nada porque se trataba de un sueño recurrente.

Era placentero, maravilloso. Liberador y con un punto terrorífico al mismo tiempo. Ella corría por un campo de trigo. En la mano izquierda llevaba un puñado de globos de colores que se elevaban en el aire, atados a su muñeca. Era curioso, porque era una escena real. Algo que, estaba convencida, había vivido de pequeña, cuando iba a visitar a sus abuelos paternos al pueblo aragonés en el que residían la mayor parte del tiempo. Ella apenas tenía siete u ocho años, pero sus abuelos ya eran bastante mayores.

En los alrededores de la casa del señor Vázquez, el padre de su madre, había campos de maíz y también enormes trigales que habían pertenecido a la familia tiempo atrás. Con el tiempo había ido vendiendo casi todas sus parcelas, pero aún conservaban esa extensión de trigo. A la pequeña Mónica le encantaba correr entre las matas, acariciando los extremos peludos y suaves de los frutos. Su cumpleaños había coincidido con una de las visitas a los abuelos. Alguien le había dado unos globos. Fue su único regalo ese día, y le hicieron muy feliz.

Desde entonces, rememoraba de vez en cuando esos instantes de libertad y felicidad absoluta en sus sueños. Era extraño, pero así era. Aquellas imágenes tranquilizadoras y extrañas solían ser el preludeo de un buen día, y sin embargo allí se encontraba, en la cama de Martín, con él roncando suavemente a su derecha, y con un doloroso vacío a su izquierda.

Despacio, tratando de no hacer el menor ruido, se deslizó sobre el enorme colchón. La cama de Martín era de tamaño *queen size*, mucho más grande de lo habitual, y en aquel momento pensó que aquel chico tal vez no contemplaba otra forma de relacionarse que no fuera de tres en tres, y que por ello tuvo que asegurarse desde el primer momento que su cama fuese lo más amplia por lo posible.

Tal vez Raúl se había levantado al baño o a preparar café. Buscó con la mirada algún reloj, alguna pista de la hora en la que se había despertado, más allá de la luz del sol. Sobre la mesita estaba el Rolex de su anfitrión. Eran las nueve de la mañana.

Se vistió en silencio, tras recoger su ropa, que permanecía desperdigada por cada rincón de la habitación, y se dirigió a uno de los dos baños de la casa para refrescarse un poco. Atravesó el largo pasillo y echó un vistazo a la cocina y el salón. Tenía el sueño bastante ligero, ¿cómo era posible que no se hubiese despertado en el momento en que Raúl se largó?

Mónica se encerró en el baño. Se recogió el pelo con la goma elástica que llevaba permanentemente como una extensión más de su muñeca y se metió en la ducha. Dejó caer el agua casi fría sobre su piel. Le vino fenomenal para rebajar la evidente temperatura de su cuerpo. Después se envolvió en una toalla y regresó al salón para buscar en su bolso unas braguitas

limpias y frescas. ¿Y ahora? Raúl se había largado. ¿Por qué? Nunca, en aquel último mes, la había dejado a solas con Martín ni un segundo. Solía trabajar algunos sábados por la mañana, aunque no era muy frecuente. Eso sí se lo había dicho. Buscó su móvil en el bolso en busca de algún mensaje aclaratorio. Nada. Solo tenía Whatsapps de Natalia y de su hermano quien, al parecer, ya había pisado tierra firme y quería confirmar su pequeña reunión familiar del domingo.

Mónica pensó en huir una vez más de la guarida de Martín. Era muy tentador. Necesitaba hablar con Raúl y asegurarse de que todo estaba bien pero, por otra parte, tal vez había llegado el momento de afrontar la situación, ser honesta y contarle a su anfitrión que no iba a poder seguir adelante con esos encuentros de los viernes. Que se habían terminado. Que aquel había sido el último. La pregunta era, en el fondo, ¿es necesario tener una conversación literal al respecto, o convenía dejar todo en el aire e ir desapareciendo poco a poco?

Al fin y al cabo, son códigos que la gente entiende.

El solo hecho de tener esa idea la hizo sonrojar. Relax, Mónica. Si ellos no se estresan, ¿por qué tienes que hacerlo tú? Además, había que tener en cuenta que lo de Martín había tenido algunos altibajos. No podía olvidarse de que había desaparecido durante algo más de un mes, y vuelto a emerger de las aguas de la incertidumbre como si nada.

Se dirigió a la cocina y observó la cafetera. Era uno de esos artilugios con filtros de papel y un recipiente en la parte inferior. Necesitaba un café para afrontar cualquier tipo de situación que se diera ese sábado. Buscó el café en los armarios y dio con él enseguida. Llenó el filtro, se aseguró de que aquel trasto tenía agua, y lo encendió.

Aprovechó para echar un vistazo por la cocina. Para ser un apartamento tan grande, no tenía demasiadas cosas. En eso, Martín era bastante minimalista. Tenía una bicicleta estática en el salón, algunas revistas masculinas de *fitness* amontonadas sobre un taburete y la nevera llena de recipientes con líquidos indefinidos. ¿Batidos energéticos o de proteínas ya listos para tomar? Mónica no tenía demasiada idea de cómo se alimentaban los deportistas en la actualidad.

Echó un vistazo más a fondo dentro de la nevera: había un par de bandejas de carne, leche (por suerte), un par de yogures y un gran bol donde había en general una hortaliza de cada: una cebolla, un brócoli, un pimiento rojo...En fin, lo típico.

Lo interesante de la nevera, en realidad, estaba fuera de ella. No se había detenido a mirar, pero en uno de los laterales había un buen montón de fotos pegadas a la superficie blanca con imanes. Por razones obvias, apenas se había acercado antes a la nevera de Martín, y era curioso, porque aquel parecía ser el único resquicio que había en aquella casa que permitía asomarse a su intimidad.

Había unas doce fotos, y anteriormente solo había recordado fijarse en una: una imagen de grupo en la estación de bomberos en la que trabajaban. Había doce chicos en aquella instantánea, una foto de grupo simpática y poco reveladora. Aparecían allí semiuniformados, delante de uno de los camiones que utilizaban en sus desplazamientos. Divisó a Raúl, a Martín, y a un tal Leo, del que hablaban de vez en cuando, y con quien también mantenían una buena relación. (Se entendía que no tan estrecha como la de Martín y Raúl). Sin embargo, a pesar de la amistad que se profesaban, en aquella imagen no estaban juntos. Cada uno se había colocado en un extremo del grupo. Curioso.

Siguió observando el resto de las fotos. Martín solo, vestido por completo con su uniforme, Martín con unas señoras (¿tal vez su familia? ¿su tía y su madre?). Unas vacaciones en Tailandia, otras en Camboya... o tal vez pertenecían al mismo viaje. Un par de fotos de cenas de

cumpleaños, rodeado por las mismas caras que en la imagen de la estación de bomberos.

De repente, Mónica se detuvo en aquel paseo visual por los recuerdos del bombero. Una foto, sujeta por un imán de Nueva York, le llamó poderosamente la atención, a pesar de su discreta posición. Estaba en una de las esquinas de aquel mosaico de memorias, y allí estaba él, Martín, en compañía de una chica.

Estaban de pie, en la acera de una calle que le resultaba familiar, rodeados de plantas y macetas. Ambos sonreían a la cámara. La chica llevaba puesto un delantal, por encima de una falda de color granate. Era pelirroja, con el pelo rizado y abundante. Él sonreía, ella no. Mónica liberó la foto del imán que la sujetaba con cuidado de que éste no cayera al suelo.

Tras ellos, se leía perfectamente el rótulo de un local: FLORES DEL DELIRIO. El delantal, las macetas...aquella chica no podía ser otra que la famosa florista. Pensó en alcanzar su bolso y hacer una foto con su móvil a aquella imagen, pero justo en ese momento oyó una voz a su espalda:

—Madrugadora, como siempre.

Se giró, para encontrarse con Martín, quien no parecía del mejor humor aquella mañana. Se acercó a ella y extendió su mano para que le entregase la foto, cosa que Mónica hizo en un acto prácticamente reflejo.

—Estaba viendo tus fotos.

Era un poco rendirse ante la evidencia. La había pillado husmeando, pero en su defensa, el *collage* de imágenes estaba a la vista de cualquiera que pululase por aquella cocina.

—...Y preparando café, veo. Qué magnífica idea. ¿Hay para mí también?

—Por supuesto.

En aquel momento una de las luces de la cafetera se encendía, indicando que ya había completado su ciclo. Martín se sentó en uno de los taburetes altos, junto a la encimera. No parecía muy dispuesto a servir el desayuno, así que Mónica tomó las riendas y localizó dos tazas y dos cucharas. No pretendía dar más importancia al asunto de la foto, pero no parecía que Martín fuese a dejar escapar la ocasión para tantear sus pensamientos al respecto.

—Esa foto que has visto, la de la chica de las flores...Nos la hizo Raúl, ¿sabes?

—Ah. ¿Es una amiga vuestra?

—Bueno, algo así...

—¿Dónde está Raúl, por cierto? Cuando me he despertado ya no estaba. ¿Tenía que trabajar esta mañana?

Martín negó con la cabeza.

—No que yo sepa. No tengo ni la menor idea de dónde habrá ido. Raúl es muy de desaparecer sin dar demasiadas explicaciones, ¿sabes?

—Ya...Por cierto, me he dado una ducha. Espero que no te importe.

—Estás en tu casa.

Mónica cogió el recipiente con el café y empezó a volcarlo en una de las tazas.

—Dime cuando quieras que pare.

Él se rio.

—Para. Hasta aquí. Yo lo tomaré sin leche, pero tengo en la nevera, por si tú sí quieres.

Lo ideal para Mónica hubiese sido tomarse un café con él, tranquilamente, hablar de menudencias y aprovechando que ya estaba vestida, ofrecerle alguna excusa convincente y salir de allí. Necesitaba hablar con Raúl y asegurarse de que todo estaba bien. De repente sentía vértigo, y tal vez tomarse un café con Martín allí, semidesnudo, no era la mejor de las ideas. Recordó cómo

la había abrazado hacía tan solo unas horas, mientras la penetraba desde atrás, ambos de rodillas sobre la cama. Y Raúl al lado, observándolos. Sintió una mezcla de excitación y de pudor, y más al percibir la manera en que él la miraba otra vez, mientras añadía un poco de azúcar a su café.

La imaginación de Mónica voló. Se dio cuenta de que no le terminaba de gustar estar a solas con Martín. No porque tuviese el más mínimo temor, por supuesto. Simplemente, si él se acercaba y empezaba a besarla, ¿iba a ser capaz de pararle los pies y separarse de él? ¿Querría hacerlo?

Por suerte, aquello no parecía estar en su cabeza ahora mismo. Martín quería un poco de conversación, eso era todo. Ella no le preguntó nada en ningún momento. Fue él quien le reveló algo que le dio mucho qué pensar.

—¿Recuerdas esas semanas en que estuve desaparecido y no contesté a tu último mensaje?

Mónica asintió.

—Siento que nunca llegué a pedirte disculpas sinceras por no responder. No es mi estilo. Y mucho menos reaparecer como si nada...

—Martín, realmente estábamos en un punto en el que ninguno de los dos le debía explicaciones al otro...

—...Lo sé, lo sé, pero siento que tenía que contártelo. Especialmente en vista de los últimos acontecimientos. No tenía ningún viaje previsto en esas fechas. Es decir, no me fui a entrenar bomberos al otro extremo del mundo. Me fui en busca de esa chica. De Magda —dijo, señalando la foto que colgaba de nuevo en el lateral de la nevera.

—¿Ella? —preguntó Mónica por inercia—. ¿Dónde estaba?

—Un día se marchó sin despedirse de nosotros. Una semana de ausencia me bastó para entender que necesitaba ir tras ella. Y eso hice.

CAPÍTULO 15

Fue una absoluta locura, más que nada por las pocas probabilidades de éxito que tenía. Magda, la florista, se había ido de la ciudad sin decir nada a nadie. Martín no supo encajar bien la noticia, especialmente porque todo había sucedido justo en el momento en que iba a tener una conversación con Raúl respecto aquella chica. Estaba pensando que tal vez, solo tal vez, empezaba a apetecerle pasar más tiempo a solas con ella. Un día se acercó a buscarla a su floristería, a la hora del cierre, y se encontró con el local cerrado a cal y canto.

De la tienda de al lado, una papelería, salió una chica con un cubo de agua sucia, que vertió en una alcantarilla cercana. Martín le preguntó por qué estaba cerrada la floristería, y la chica le contestó que la dueña había decidido el cierre al local, así, de repente.

Pasaron seis o siete días y Martín no lograba concentrarse en su trabajo. Raúl, por el contrario, pasó página rápidamente.

Empezó a fantasear con la posibilidad de buscarla, pero ¿dónde? Su móvil estaba fuera de servicio y no tenía ninguna otra información personal suya. Se le ocurrió una locura, pero tal vez funcionase. Con su uniforme de bombero puesto, se presentó en el antiguo apartamento de Magda.

Sabía que podría entrar fácilmente y tal vez localizar alguna pista, pero no hizo falta forzar la cerradura. Se encontró con el comercial de una inmobiliaria, encargado de realquilar la vivienda, y que se sorprendió al ver aparecer de repente a un bombero. Martín le dijo que venía a hacer unas comprobaciones, ya que había habido un aviso de una posible fuga de gas en el edificio y que tal vez el problema podría estar allí. Logró que el comercial saliera y lo dejase solo durante un rato.

Nunca había prestado demasiada atención a la decoración del piso de Magda. Demasiadas flores por todas partes que ocultaban lo que en ese momento era esencial: una pista de su paradero. Pero aquellas paredes desnudas le revelaron un par de detalles que le dieron que pensar. En la habitación que ella usaba a veces a modo de estudio, había un gran mapa de la isla de Ibiza, sujeto a la pared por cuatro chinchetas.

Martín se acercó y estudió las anotaciones que había hecho Magda con un rotulador. Conocía su letra apretada y veloz. Repartidas por la isla había escrito diversos nombres de plantas, nombres científicos de flores que solo se cultivaban en cada una de las áreas.

—No fuiste a Brasil. Te fuiste a Ibiza a buscarla —sentenció Mónica.

Martín se encogió de hombros.

—Sí, no podía hacer otra cosa que intentarlo.

La portentosa mente de Mónica calculaba a toda velocidad, pero no iba a dejar escapar la oportunidad de poner los puntos sobre las íes.

—Bueno, si mis cálculos no fallan, Martín, antes de que ella se marchase pitando y cerrase a cal y canto su negocio, tú y yo ya nos habíamos conocido, ¿recuerdas?

Su cara en ese momento. Todo un poema. Mónica saboreó su victoria, porque aquello le daba una coartada maravillosa para salir de esa relación a tres bandas con una excusa irrefutable, aunque era consciente de que en el fondo no la necesitaba. Él se llevó la mano a la barbilla, como si hiciese un esfuerzo por calcular fechas.

—Sí. No tuve noticias tuyas en un mes aproximadamente —continuó Mónica—. Pero justo antes de tu viaje nos habíamos visto unas tres veces, si no recuerdo mal... No te estoy juzgando por ello —(bien, esto no era del todo cierto)—, pero si de verdad te interesaba esa chica entonces no fuiste consciente hasta que se hartó y se largó.

—Ya. Sé lo que estás pensando, Mónica. Pero supongo que se me fue de las manos. Ella se colgó de Raúl y yo de ella, y no había manera de salir de esa situación.

—¿De Raúl?

—Eso no lo supe hasta que pude, por fin, hablar con ella. Cuando la encontré. Y me rogó que no le dijese nada a él. Y es lo que he hecho.

Qué fuerte. Lo que Mónica no podía entender era: ¿si las cosas habían salido tan rematadamente mal con Magda, por qué habían pretendido aquellos dos repetir la historia con una nueva víctima? Que, para colmo, había resultado ser ella misma.

Reunió toda la serenidad que pudo y pronunció las palabras que llevaba unos días ensayando en un rincón de su mente.

—Martín, creo que es mejor que nos tomemos las cosas con un poco de calma. Conviene echar un poco el freno entre nosotros. Entre los tres. Algo le pasaba ayer a Raúl. Eso es evidente, ¿no? Esto no está funcionando y, no puedo negar que ha sido divertido, pero todo tiene un final, y en el momento en que uno de los tres puede estar pasándolo mal, como ya os pasó con aquella historia, tal vez es el momento de pasar a otra cosa...

Él la miró con un deje de tristeza en su rostro.

—Sé que tienes razón, y Raúl no me ha dicho nada. Pero no soy idiota. He visto cómo te mira...

Mónica lo observó. No quería hablar con él de Raúl. De repente el ambiente en aquella casa era opresivo, asfixiante. Necesitaba salir a tomar el aire, pero antes necesitaba reunir un poco más de información. Retomó la historia donde Martín la había interrumpido:

—Te plantaste en Ibiza después de ver el mapa con las notas. Curioso. ¿Y una vez allí? ¿Diste vueltas por la isla así, sin más?

Él sonrió.

—Más o menos. Tenía un montón de vacaciones acumuladas, así que no había problema en largarme unos días más de la cuenta. No le dije a nadie dónde iba, ni siquiera a Raúl. Fue más fácil de lo que había pensado. Fue tan fácil como hacer un listado de todas las floristerías que había en la isla. Esa es su profesión, lo que más ama en este mundo. Alguna vez me había mencionado que no se veía trabajando en nada que no estuviese relacionado con las flores.

—¿Y recorriste una por una?

—Exacto. Es una isla relativamente pequeña...

—Pero, ¿cuántas floristerías hay en Ibiza?

—Veintidós en el momento de mi investigación...

—Dios, Martín. No me cabe duda que la encontraste pero debió alucinar cuando te vio aparecer por allí, ¿no?

—Sí, claro. Al principio estaba un poco reticente, pero aceptó ir a comer conmigo. Le

expliqué abiertamente por qué estaba allí, y fue entonces cuando me contó que la situación había acabado por superarla, que sentía que Raúl jamás la correspondería y que de todas formas, hacía tiempo que necesitaba un cambio de aires. Pero yo no le interesaba. Le di mi número de teléfono y mi dirección de correo electrónico y le dije que nunca volvería a saber de mí, a no ser que me contactase ella misma.

Alucinada. Pero también indignada. Así se sentía Mónica al abandonar el apartamento de Martín, porque en cuanto escuchó aquella rocambolesca historia decidió que no podía esperar ni un minuto más. Le prometió que hablarían pronto, pero que necesitaba reflexionar un poco sobre qué quería en realidad. Reconoció que tal vez aquella situación le estaba provocando ya un desgaste que no había logrado anticipar del todo.

No quiso extenderse mucho más con Martín. Se despidió con un pacífico beso en la mejilla y un “hablamos”. Salió de su casa y decidió que necesitaba dar un largo paseo para aclarar sus ideas, porque tenía varias al respecto.

¿Por qué demonios habían vuelto a tropezar con la misma piedra? ¿Qué clase de mente retorcida tenía Martín para pensar que dar pie a una historia similar, con ella misma, con Mónica, y con Raúl del otro lado, era una gran idea? Tenía la sensación de que solo había conocido la parte superficial de Martín, la del tipo extrovertido, gracioso y sexy que tiene una gran facilidad para conectar con las mujeres.

¿Y Raúl? Según la película que le había contado su amigo, la florista se había enamorado de él e, incapaz de manejar la situación y aceptar que él no estaba por la labor, había decidido poner tierra de por medio. Martín le había asegurado que no le había dicho nada de todo este asunto a Raúl. ¿Por qué se lo había contado a ella? ¿Acaso sospechaba lo que estaba sucediendo entre los dos? ¿O directamente lo sabía?

Mónica caminó por las amplias calles del centro de la ciudad, en dirección al mar. Tenía toda la mañana libre y a pesar de las ganas que tenía de hablar con Raúl y preguntarle por qué se había marchado repentinamente en mitad de la noche, decidió apagar el móvil. Necesitaba estar a solas con sus pensamientos y aclarar sus ideas de una puñetera vez. Caminó hasta la playa, a pesar de ser perfectamente consciente de que no llevaba ningún tipo de protección solar encima.

CAPÍTULO 16

Mónica observó las pintas de náufrago de su hermano Juan Carlos mientras este hincaba el tenedor en un bistec demasiado crudo para su gusto. Su madre contemplaba a su hijo científico embelesada, atendiendo las anécdotas que siempre les traía de sus viajes. A decir verdad, Juanqui estaba tan guapo como siempre. Tras meses en el mar había perdido de nuevo unos kilos que solían sentarle bastante bien y no se había molestado demasiado en afeitarse, probablemente desde hacía semanas. Además, el efecto del sol que tanto temía la dermatóloga Arqueros se dejaba ver en su rostro.

—Sé lo que estás pensando, hermanita —le dijo entre bocado y bocado—. No te acaba de convencer mi barba de *hipster*.

Mónica soltó una carcajada.

—¡De *hipster* dice! Qué morro tienes. Mamá, ¿tú lo estás oyendo? Una persona que vive en un barco desde hace doce años y pretende hablarnos de las últimas tendencias. Cuéntanos más. Y por cierto, ¿qué ha sido de todos los protectores solares que te he dado todos estos años? Si no te cuidas un poco la cara en breve parecerás nuestro padre...

Se dio cuenta de su torpeza. No solían hablar de su padre en aquellas pequeñas cumbres familiares. Intentó enmendarlo:

—... Sí, nuestro padre. El mío y de mamá.

—¿Vais a empezar a discutir?

—No, madre, solamente hablamos, como siempre... Si discutiésemos la vajilla del restaurante peligraría, ya sabes...

Eso era cierto. La relación entre Juan Carlos y Mónica había mejorado infinitamente con el paso de los años. Cuando eran adolescentes no se soportaban. Él era cuatro años menos que ella y a los dieciséis años lo consideraba un microbio insoportable, para el que, por si fuera poco, tenía que hacer de canguro más a menudo de lo que le gustaría. La mejora en su relación tenía mucho que ver con el hecho de que Juanqui estaba casi siempre de viaje.

Tampoco había ayudado mucho el hecho de que su hermano la había “advertido”, en cierto modo, sobre la mala idea que era casarse con David, su ex. Ellos dos nunca se habían soportado y muchas veces lamentó no haber escuchado su opinión al respecto.

Pero además de reencontrarse con Juan Carlos, Mónica tenía la intención de pedirle un pequeño favor a su madre. Le había dado vueltas al asunto durante todo el domingo y sabía que estaba ante uno de sus actos impulsivos, pero era exactamente lo que le pedía el cuerpo después de las agitadas emociones de los últimos días.

Lo que Mónica necesitaba eran unas vacaciones.

Salir de la ciudad, escaparse. Esto no era ninguna sorpresa para su progenitora ni mucho menos para su hermano. Ambos sabían muy bien de sus escapadas. Lo que sí les sorprendió fue el destino que tenía en mente. No iba a dar demasiadas explicaciones, solo necesitaba un puñado de

llaves.

—Mamá. Me gustaría irme de la ciudad unos días, necesito un favor.

—Hija, llévame contigo. ¿Dónde vas esta vez? ¿Londres? ¿Florencia? Me apetece una escapada.

—Me encantaría que vinieras, pero la idea es irme solo unos días, llevarme el ordenador y trabajar un poco en mis consultorías.

Esto último no era exactamente cierto, pero su madre ya sabía de buena tinta que cuando se le ocurrían esas escapadas tan improvisadas era porque normalmente alguna gota había colmado el vaso y necesitaba oxigenarse un poco durante unos días. A solas.

—¿Y bien, cuál es ese favor?

—Me gustaría ir al pueblo de los abuelos. Quedarme unos días en casa. Iré en tren hasta Zaragoza y una vez allí alquilaré un coche.

Su hermano soltó una carcajada.

—¿Conducir? ¿Tú? — intervino Juanqui.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Crees que se me ha olvidado conducir?

—Qué pena no estar presente para verlo.

El rostro de su madre se ensombreció por momentos. Tal vez detectó que algo no marchaba bien, y que por tanto no convenía hacer más preguntas de la cuenta, por si acaso eso significaba ahondar en alguna herida reciente. Mónica era muy hermética con sus asuntos del corazón, y aunque la señora Aurora sabía que su hija salía con hombres de vez en cuando, nunca sabía hasta qué punto ella se tomaba en serio aquellas historias.

—Pero la casa de los abuelos está en venta desde hace siglos...

—Ese es otro tema. He pensado que tal vez no deberíamos venderla. Podríamos reformarla y pasar allí algunas temporadas. Desconectando al máximo.

—Hija, no te reconozco. ¿Cuántos años hace que no vas por allí? ¿Quince? ¿Veinte? Recuerdo que en los veranos teníamos que llevarte a rastras.

—Ya, mamá. Era una adolescente. No quería ir a ningún sitio ni ser vista en público con mis padres. Pero he decidido que tal vez me gustaría...viajar un poco menos.

—¿Y eso?

—Bueno, al fin y al cabo en general ya he ido a los sitios que quería visitar. He recorrido casi toda Asia, Estados Unidos, casi todas las capitales de Europa. He estado en Egipto, en Sudáfrica, en Argentina... Y he pensado que sería interesante tener una casita cerca de la naturaleza para desconectar de vez en cuando de la ciudad, hasta que he recordado que ya la teníamos. Que en realidad siempre ha estado ahí.

Observó los rostros perplejos de su hermano y de su madre. Era consciente de que estaba soltando una bomba y que tal vez pensaban que estaba perdiendo el juicio, pero le daba exactamente igual. Desde que se le habían encendido la bombillita en aquella desastrosa tarde de sábado no había dejado de pensar en ello, y la verdad, le venía muy bien para desconectar un poco de "EL TEMA".

En todo caso, su madre no tenía mucho que objetar.

—Me da que tal vez es un capricho pasajero de los tuyos, pero si es lo que quieres, por supuesto. Acompáñame luego a casa y te doy las llaves de la casa de papá. Hace meses que no voy por allí, y ahora que se va acercando el invierno tal vez haya que hacer un poco de acondicionamiento. Creo que tendré que explicarte cómo poner en marcha el calentador y todo

eso.

—Gracias, mamá.

—¿Cuándo tienes pensado ir?

—Mañana.

Juanqui soltó otra carcajada.

—¿Y el trabajo?

—Tengo días de vacaciones acumulados.

—¿Y la guardia del hospital?

¿Qué le pasaba a este metomentodo? Había venido muy subidito de sus “vacaciones en el mar”.

—También, está cubierta. No te preocupes por mí, mamá... Está todo bajo control. Solo serán unos días. Me apetece respirar aire puro, eso es todo.

Mónica se llevó a la boca una cucharada de helado bajo la mirada sardónica de su hermano. Una mirada que parecía decirle “*algo estás tramando*”.

Sí y no, Juan Carlos.

El resto del domingo transcurrió entre las advertencias y consejos de su madre y la preparación del equipaje, en principio, para una semana. Le gustaba engañarse un poco a sí misma con ese “en principio”, porque ese era el tiempo que tenía exactamente para airearse y volver a la cruda realidad: su consulta y sus guardias.

Realmente no había sido muy complicado y pudo solventar todo con un par de llamadas. Aquella semana solo tenía que pasar consulta dos días, y en ambos casos tenía pocas visitas programadas. Le pidió a Maielis que las reprogramara para la siguiente semana, en la que doblaría sus turnos para atender a todo el mundo. Si había algo urgente, lo atendería una de sus compañeras, la doctora De Andrés. La guardia del hospital consiguió cubrirla rápidamente con otra de sus compañeras, que le debía un turno desde el verano. Todo fenomenal y despejado.

El cataclismo había llegado aproximadamente durante el mediodía del sábado. Después de la reveladora conversación que había mantenido con Martín y de la firme confirmación de que aquella había sido la última vez que se encontrarían los tres juntos, Mónica había tratado de localizar a Raúl, sin éxito. A media mañana lo llamó en un par de ocasiones. Tenía el teléfono apagado.

Fue entonces cuando se empezó a poner nerviosa. Estaba convencida de que todo tenía una explicación, pero no quería reaccionar exageradamente. Después de comer le envió un Whatsapp:

¿Estás bien? ¿Podríamos vernos tú y yo un día de estos?

Ha sido raro despertarme y no verte a mi lado.

Espero que todo esté bien.

No hizo nada el resto de la tarde, más que dormir a ratos y estar pendiente de cualquier milimétrica vibración que emitiese su teléfono. Pero solo le escribió su hermano, para confirmar los detalles de la comida del día siguiente en su restaurante argentino favorito y Natalia, para preguntarle si podían concretar ya algún día de la próxima semana para verse. A ella ya sí le podía contestar, porque lo acababa de decidir:

Nata, gracias por la fiesta de la otra noche. Voy a hacer una de mis escapadas improvisadas. Estaré fuera de la ciudad una semana, más o menos. Te llamo en cuanto regrese y voy a buscarte un día a la oficina. Saluda a Álvaro y a las chicas Trish. X.

El hecho de que el sueño del campo de trigo y los globos le sobreviniese otra vez en la última noche había sido especialmente revelador. Tenía excelentes recuerdos de la casa de los abuelos. Para distraer la mente de lo que le ocupaba de manera obsesiva (Raúl), había rebuscado en el fondo de su armario una caja repleta de fotos de su infancia y de su adolescencia —de cuando se revelaban las fotos y se guardaban en cajas en los armarios—, y supo, justo en ese momento, que aquella vez no quería coger un avión y escaparse a alguna ciudad parecida a la suya a dos horas de vuelo. Quería ir al pueblo, a la antigua casa familiar que todavía no habían conseguido vender.

Cuando terminó de ver las fotos y comprobó que Raúl había visto su mensaje pero había optado por no contestar sintió como si el corazón le trepase hasta la garganta y la taponara. Se dejó arrastrar por ese pánico que hacía que teclease con un evidente temblor en los dedos:

Esta mañana he hablado con Martín. Le he dicho que no puedo veros más a los dos. Lo de los viernes... se ha terminado.

Meditó unos segundos, y finalmente dejó ir la frase que había estado reprimiendo durante los últimos días, tal vez durante las últimas semanas:

A partir de ahora solo quiero verte a ti.

Mónica parpadeó ante el mensaje que acababa de enviar.

La respuesta se hizo esperar hasta el día siguiente, y provocó algo que no había experimentado desde su divorcio: que las lágrimas se derramasen de manera descontrolada. Por la mañana se encontró con esta hermética sentencia de Raúl:

Necesito pensar un poco. Te llamo en unos días.

CAPÍTULO 17

Desde el momento en que puso un pie en la estación de tren ya sintió la excitación que se derivaba de cada una de sus huidas de la ciudad. Mónica sintió un destello de culpabilidad por haber hecho saltar sus responsabilidades por los aires o, más bien, posponerlas hasta nuevo aviso. Caminó con paso firme por el vestíbulo de la estación de Sants, arrastrando una maleta diminuta con las cosas básicas que necesitaba para un máximo de una semana.

El plan era coger el tren AVE con destino a Zaragoza y, una vez allí, subirse al coche que ya había alquilado por internet y poner rumbo a la provincia de Huesca, donde se encontraba su ansiado destino, el pueblecito de Nueno.

El trayecto ferroviario apenas duraba una hora, y aún así lo disfrutó tanto como cuando viajaba en avión a alguna ciudad europea. Era alucinante cómo el hecho de trasladarse físicamente a otro lugar mitigaba casi al instante todas sus preocupaciones.

Mientras dejaba atrás la ciudad a toda velocidad sentía como se iba difuminando su complicada “relación” triangular. Había pasado otro día, otro despertar, y seguía sin noticias de Raúl. ¿Qué había sucedido? ¿Acaso la historia se repetía?

Una cosa que Mónica había hecho con el paso de los años, tras su separación, era dejar de pedir explicaciones a los hombres que desaparecían de su vida, bien de repente, o casi peor aún: desvaneciéndose poco a poco hasta dejar un vacío sobre el que a veces incluso dudaba. ¿Habían estado ahí en algún momento?

En el caso de Raúl, sin embargo, no tenía las cosas claras. Era un completo misterio, porque en ningún momento, en los ratos que habían compartido a solas, había tenido la sensación de que él podría desinteresarse, o que su interés era algo efímero y fugaz. Decidió entonces que aceptaba cien por cien su deseo de “pensar un poco”. Significase lo que significase, le iba a dar todo el espacio del mundo. No las tenía todas consigo, esa era la verdad.

La duda respecto a si quería seguir conociéndola a solas o no no era una buena señal. Había algún tipo de resistencia en Raúl. Entendía la situación. Las cosas no habían empezado de la manera más normal, pero no podían hacer nada por cambiar el pasado. No podían dar marcha atrás en el tiempo y trasladarse a aquella noche, al día de la cena con Natalia, y deshacer su pasión loca y desbordada.

Su breve mensaje le decía sutilmente que no estaba tan dispuesto a dejarse llevar por sus sentimientos como había parecido hacía tan solo una semana.

Perfecto. Lo iba a dejar solo con sus dudas. Pero tampoco iba a esperar nada. No esperas nada de un hombre después de haberte divorciado del que, pensabas, era el gran amor de tu vida.

Spoiler: te equivocaste.

Por tanto, era el mejor momento posible para poner tierra de por medio y hacer ese pequeño viaje; y había tomado aquel cíclico sueño que se había ido repitiendo en las últimas semanas como una señal. Tal vez tenía que seguir el dictado de su subconsciente, subir a un tren y lograr llegar hasta la casa de los abuelos, y allí correr de nuevo a través de los campos de trigo.

Con los globos o sin ellos. A lo mejor ahí estaba la respuesta a todo.

Llegó a la Estación de las Delicias en Zaragoza y dudó sobre si dar o no un breve paseo por el centro antes de dirigirse al lugar donde debía recoger el coche de alquiler; pero al ver el tráfico acalorado y desquiciante del centro de la pequeña ciudad, a través de la cristalera de la estación, se reafirmó en su idea de huir del bullicio y poner rumbo a la paz y la tranquilidad rural.

A decir verdad, no tenía la menor idea de por qué Juanqui había dudado acerca de su capacidad como conductora ocasional. Después de dos o tres pequeñísimos percances, Mónica consiguió hacerse rápidamente con el manejo del Toyota Corolla que alquiló para llegar hasta el pueblo de los abuelos, a los pies de la sierra de Gratal. ¿Cuánto tiempo hacía que no conducía? ¿Tres años? ¿Cuatro? ¡No se le daba tan mal! En todo caso, ayudaba bastante el hecho de desplazarse por una autopista A-23 semidesierta.

Al llegar al pueblo, hizo un alto para comprar provisiones en un gran supermercado a las afueras. Echó un vistazo a las notas que había tomado de cuanto le dijo su madre para resucitar la casa, el lugar que le traía recuerdos difusos pero poderosos de su infancia. Y sin embargo, lo primero que hizo Mónica al llegar fue quitar de una de las rejas que cubrían las ventanas aquel obscuro cartel de “EN VENTA”.

Abrió la puerta principal con cierta dificultad, temiendo que la cerradura se hubiese oxidado. Se sintió observada a través de algunas de las cortinas de las ventanas vecinas, pero ya tendría tiempo de ir a saludar cuando se hubiese aclimatado.

Lo primero que hizo después de conseguir entrar y abrir todas las ventanas fue respirar y llenarse del oxígeno limpio de la sierra, que entraba a borbotones en la casa. De inmediato su corazón se serenó y supo que todo iba a ir a mejor. Que las lágrimas que caían por su rostro sin un motivo claro estaban limpiando absolutamente todo, al mismo tiempo que se ponía manos a la obra y sacaba brillo a aquella casa, como si fuera un cuadro del Renacimiento recién hallado en un sótano.

Tardó casi dos días en dejar todo reluciente y en serenarse, y fue entonces cuando logró reunir la energía para salir de la casa de la que ya no le apetecía salir y dar un paseo por el pueblo, siendo plenamente consciente de dónde terminarían sus pasos: en el antiguo trigal del abuelo.

Mónica saludó a un par de vecinas de los abuelos, que obviamente no la habían reconocido. La nieta de Anselmo Vázquez se había convertido en una profesional de la medicina y en una mujer bellísima. Ella en cambio, sí reconoció a una de las hijas de una vecina, con la que jugaba cuando eran pequeñas y la “obligaban” a veranear en el pueblo durante la primera quincena de agosto.

Observó a la chica, ahora convertida en una mujer de su edad, mientras ataba la zapatilla de una de sus cuatro hijas, la cual no debía de tener más de cinco años. Se podía apreciar un gesto cansado en su rostro, pero se detuvo unos minutos a saludarla y a charlar. Recordó su nombre de repente, como por arte de magia. Elena.

—Ya ves, cuatro niñas... Me alegra verte por aquí después de tanto tiempo. La verdad es que no esperábamos ver a nadie por la casa de los Vázquez. ¿Sigue en venta?

—No. He decidido quedármela y venir por aquí de vez en cuando. La vida en la ciudad puede ser un poco...estresante. He pensado que puede convertirse en un buen refugio.

La vecinita Elena se la quedó mirando como si no entendiese nada y aún así asintió, dándole la razón.

—Si te apetece venir luego a tomar un café a casa... la verdad es que me encantaría que me contases cosas sobre tu vida en la ciudad. Siempre me he preguntado qué se debe sentir al vivir como en las películas... Esas películas sobre Nueva York que dan en televisión.

Mónica sonrió.

—Bueno, Barcelona no es Nueva York...

—Lo sé, lo sé... Estuve una vez, de viaje de fin de curso en el instituto. Pero la recuerdo un poco como el Nueva York que veo en la tele.

—Oye, ¿cómo está el trugal? He pensado en dar un paseo hasta allí.

—¿El trugal de tus abuelos? Pues hija, ahí sigue. Sobreviviendo...

—Me alegra mucho verte, Elena. Te veo más tarde.

Lo vio a lo lejos, subido en su moto, justo en el momento en que se giraba, en medio de las matas de trigo y decidía que era hora de volver a casa. Había corrido un buen trecho, con los brazos extendidos en el aire, siendo consciente de cada uno de sus aciertos y errores del pasado, y completamente en paz consigo misma. Preparada para disfrutar de la casa del señor Vázquez, coger un cuaderno y diseñar una nueva distribución de los muebles, cocinar, leer, ver series en el portátil y tomarse ese café con Elena. Pero también estaba lista para regresar a la ciudad en unos días.

Nunca, ni en el más loco de sus sueños, hubiera imaginado que regresaría acompañada de él.

Porque allí estaba Raúl, subido a lomos de su moto, con una gran sonrisa en los labios, agitando los brazos en el aire, y tal vez conteniéndose para ir en su busca en el sendero que atravesaba el campo de trigo. No hizo falta, porque Mónica ya corría hacia sus brazos.

Él la abrazó, la elevó en volandas a unos veinte centímetros del suelo pedregoso y la atrajo hacia sus labios.

—Pero, ¿¿vas a explicarme qué haces aquí?! ¿Cómo demonios has conseguido llegar?

Él se rio.

—¿Recuerdas aquella noche en el mirador? Parece que hace un siglo y sin embargo solo hace un par de semanas. Supongo que ha ido creciendo en mi recuerdo....

—...Pero...

—Aquella noche, además de estar un poco...alterado —dijo Raúl—, te escuché con bastante atención, Mónica. Se notaba las ganas que tenías de volver aquí. Los sueños a veces son solo dictados que tenemos que seguir. Y cuando nos despertamos en medio de ellos, en fin... a veces es solo el universo intentando comunicarnos algo en el momento más tranquilo de la noche, cuando no hay ruidos que distorsionen el mensaje.

Mónica abrió la boca, alucinada. Le encantaban las palabras que salían de su boca y cómo caían los últimos rayos de sol de aquella tarde sobre las pestañas de Raúl. Una réplica de la felicidad que había sentido durante aquel paseo en moto nocturno volvía a despertar en lo más profundo de su ser. Le dio una palmada en uno de sus durísimos bíceps.

—¡Pero bueno! ¿El universo? Cuéntame más... Y por cierto, ¿por qué no me has avisado de que venías?

—Es muy simple. Hasta alguien tan básico como yo sabría llegar hasta aquí. Espero que no te haya molestado, pero quería darte una sorpresa. Siento haber tardado unos días en reaccionar. Además, la verdad es que me apetecía un pequeño viaje en moto. Fui a la clínica a

preguntar por ti y me dijeron que te habías marchado de viaje unos días. Una de las chicas de recepción me dijo que “te habías ido al pueblo a desconectar”.

—Ha sido Maielis, seguro. ¡Menuda cotilla!

—Sí. La chica del nombre curioso. Ahora que lo dices, es lo que ponía en la placa que llevaba pegada al uniforme. ¿Hasta cuándo tenías previsto quedarte?

Meditó unos segundos.

—Hasta que decida qué muebles de los abuelos me quedo y cuáles no, según las posibilidades que tengan de restauración.

—¿Necesitas ayuda con eso? ¿Y qué me dices de un paseo en moto por las noches?

Lo miró directamente a los ojos.

—¿Tú y yo solos?

—Sí, de ahora en adelante, tú y yo solos. Sin frenos.

FIN
(Por ahora...)

TRISH COSMETICS es una miniserie de novelas breves que se pueden leer de forma independiente y que narran la historia de las integrantes de la compañía de cosméticos más joven y dinámica de la ciudad. ¡Permanece atenta a la próxima entrega de esta nueva serie de romances urbanos! ¡Llegará muy pronto!

Su protagonista será ... ¡Nerea! La chica de marketing más eficiente y resolutiva de la sede de Trish, ¡siempre y cuando no dejes un monopatín cerca de sus pies!

SOBRE LA AUTORA

Elsa Tablac combina su trabajo en el ámbito del marketing con su gran pasión: la escritura. También disfruta con la música en directo, el cine y las novelas románticas y policiacas. Actualmente reside en Barcelona. Aunque escribe desde hace muchos años, las tres historias que componen la trilogía CATRIONA son sus primeras novelas, seguidas de LA ESPÍA QUE TE AMÓ y CINCO VERANOS HASTA ENCONTRARTE. Puedes contactar con ella y seguir sus novedades a través de Facebook y Twitter (@elsa_tablac).

¿Te ha gustado esta historia? ¡Genial! Te agradecería eternamente si pudieras dedicar un minuto a escribir un breve comentario en Amazon, Goodreads, o tu propio blog o redes sociales favoritas. Las reseñas, aunque sean breves, son cruciales para los autores independientes y me ayudarán enormemente a publicar nuevas historias. ¡Mil gracias! :) Pero sobre todo, gracias por la lectura. Espero que te haya hecho pasar un buen rato. Si te ha servido para desconectar un rato de tu rutina o de cualquier preocupación, esa será mi máxima satisfacción.

Si deseas estar informada sobre mis próximas publicaciones, apúntate a mi newsletter haciendo clic [aquí](#). Recibirás un email cuando publique una nueva historia. ¡Nada de spam, prometido!

LA ESPÍA QUE TE AMÓ



Emma trabaja en una agencia de detectives. Y las cosas no le van nada mal, si no fuera por su desastrosa vida sentimental y en especial por ese cantamañanas de Mateo, que no le trae más que quebraderos de cabeza. Así que lo mejor es, hasta que amaine el temporal, pasar de los hombres. Centrarse en el trabajo, el yoga, el gato, las amigas... Hasta que un buen día cae en sus manos el misterioso caso de Lloyd Cooper, un guapísimo británico que va y viene por la ciudad desde hace unos meses, con una turbia historia familiar a sus espaldas y al que Emma deberá investigar.

Hasta aquí todo bien.

Siempre y cuando no te enamores del hombre al que has de seguir.

Ni él de ti.

LA ESPÍA QUE TE AMÓ es un nuevo romance urbano, fresco y con un toque de intriga, de la autora de la trilogía CATRIONA.

CATRIONA. TRILOGÍA COMPLETA



Este pack reúne en un solo volumen las tres novelas cortas PRISCILA DESLUMBRADA, PRISCILA DESBORDADA y PRISCILA CAUTIVADA. Una historia de amor urbano plagada de arte, música y fantasmas de carne y hueso.

El problema cuando te enamoras de un músico es que el escenario lo agiganta y a ti te empequeñece. Pero a mí no me pasará...

Ni en un millón de años Priscila hubiera imaginado que caería tan rápido en las redes del atractivo Matt McAllen, cantante y líder del grupo de rock Catriona, tras su ruptura con Álex. Y sin embargo, lo que parecía ser solo un fugaz amor de verano en la ciudad está a punto de arrasarla. ¿Acaso creía que iba a ser fácil?

[CINCO VERANOS HASTA ENCONTRARTE](#)



¿Puede un amor interrumpido durante cinco años volver a ser el que era?

Miranda vuelve a casa después de cinco años viviendo en Noruega, soltera y dispuesta a empezar una nueva vida. El verano está al caer, tiene vacaciones hasta septiembre e incluso Ruth, su mejor amiga, está en la ciudad para pasar unas semanas. Pero se acerca el solsticio de verano. La quinta noche de San Juan desde que Miranda se separó de Isaac, ahora convertido en un saxofonista de jazz de gran éxito. Esa noche Isaac, derrotado, aceptó su marcha y el desmoronamiento de su relación, al tiempo que le rogaba que se encontrasen en el mismo sitio y a la misma hora, dentro de cinco años.

No lo ha visto desde aquella noche. El momento se acerca y la curiosidad puede con ella. En su memoria solo quedan buenos recuerdos, así que no puede evitar asomarse a uno de sus recitales en un club de jazz nocturno. Y ahí está él. Convertido en el hombre más atractivo que ha visto en siglos. Miranda siente que la llama podría encenderse de nuevo y convertirse en toda una hoguera durante esa noche de San Juan, pero, ¿se acordará Isaac de su cita?

Un nuevo romance urbano, breve e intenso, de la autora de LA ESPÍA QUE TE AMÓ y la trilogía CATRIONA. Perfecto para devorarlo en una tarde de verano...y en cualquier momento del año!